

LA LENTE ESPÍA (Capítulos 1-2-3-4)

Fran Estévez

Copyrighted Material

La Lente Espía



FRAN ESTÉVEZ

Copyrighted Material

Capítulo 1

LA LENTE ESPÍA

Capítulo 1

En una sociedad evolucionada a partir de la astronomía y la investigación espacial, el planeta Tierra se presenta como un lugar poblado por telescopios de la más variada índole. Es éste un mundo plagado de titánicos ojos de cristal que vigilan el universo, y regido por el más grande de los telescopios, conocido como la Lente Espía. Un gigante tan alto como el Everest y que sobrepasa la mayor parte de la contaminación acumulada en la troposfera. Así, tan sólo capas más altas como la estratosfera interfieren en su visión con ligeras refracciones que, por supuesto, son corregidas gracias a ordenadores y lentes flácidas. Estas lentes están diseñadas de un nuevo material semi acuoso y movable digitalmente, con una precisión de micrómetros. La potencia de aumento por tanto es casi infinita; en su máximo esplendor el telescopio es capaz de llegar hasta límites inimaginables; donde los anteriores telescopios mostraban negro, éste capta más y más galaxias, lo que hace pensar, más aún, en la infinitud del universo.

Cristock Earl, uno de los científicos creadores del Telescopio y un empedernido buscador de tesoros estelares, se pasa horas ante la enorme pantalla donde son retro proyectadas las imágenes de la gran Lente. Cristock es el último y joven miembro de un grupo revolucionario; pertenece al heptágono de astrónomos conocido como los Siete Astros: grupo de científicos responsables del esplendor astronómico que convirtió a la humanidad en una raza dedicada casi exclusivamente a la observación del cosmos, consumidora de toda clase de artículos relacionados con el mundo de la óptica, desde periscopios y prismáticos para los más pequeños, hasta compactos pero potentísimos y ultra luminosos telescopios catadióptricos de uso casero.

Desde su creación, el Telescopio rey no ha dejado de estar activo. Noche tras noche los astrónomos se pisotean unos a otros, intentando colarse en una lista de espera de casi diez años. Una espera interminable, de no ser por los muchísimos otros telescopios disponibles tanto dentro del planeta como los que orbitan a su alrededor.

La gestión para estos científicos en espera la lleva a cabo un comité de valoración formado principalmente por astrofísicos de todas partes del mundo, con el fin de resultar lo más objetivo posible en la selección de proyectos, a cada cual mas interesante y fructífero para la aventura espacial. Así, cuando a un astrónomo le llega por fin su turno, introduce las coordenadas espaciales de la parcela que desea observar e intenta aprovechar su tiempo al máximo en las horas que le hayan sido

concedidas. El propio Cristock reserva al menos 7 horas semanales para llevar a cabo sus propias investigaciones personales. Pues cabe mencionar que dicho comité de valoración actúa siempre bajo la supervisión y prioridades indiscutibles de la F.E.G.; consejo conducido por los tres hombres creadores del Telescopio: August Franklin, Cristock Earl y Carlo Giovanna.

Y así es cómo la Lente Espía se pasa las noches; toqueteada por entusiasmados científicos, buscando coordenada tras coordenada sin respiro, y siempre sin pestañear. Hasta que por fin llega el día y la lente primaria es limpiada por un mecanismo automático mientras se cierran las compuertas, llamadas párpados, que la protegen de la luz del Sol, justo antes de que éste se asome por el horizonte. Y de la misma manera, su dueño, Cristock, que a menudo es la última persona en utilizar el Telescopio, se despide de su amiga, se va a su casa, donde se da una buena ducha y se mete en la cama para dormir descansadamente durante el día, hasta la siguiente jornada de trabajo, que comienza muy temprano, al anochecer...

...

Una noche, estando Cristock sentado en su asiento frente a la pantalla del observatorio, sucedió un hecho que cambiaría su vida, al menos la suya, para siempre. Estaba estudiando una espectacular nebulosa, la cosa más colorida que había visto nunca; se atrevería a jurar que incluso había colores que no existen en la Tierra, aunque eso, claro, sería imposible... Era ya muy tarde, y quizás no debía haber bebido aquel whisky antes de ponerse a trabajar; no obstante, el alcohol nunca le había causado ningún problema en el trabajo sino todo lo contrario ya que "le sirve para espantar a los fantasmas y concentrarse en sus proyectos", según él dice. Y debía ser cierto porque hasta ahora no había hecho otra cosa que triunfar en casi todos los proyectos que ha llevado a cabo, incluido por supuesto la propia Lente Espía: la única construcción humana visible a simple vista desde el espacio.

Respecto a los fantasmas de Cristock, saber que no es más que una forma suya de justificar su manía persecutoria, y por eso excepcionalmente necesita de una "medicina" recetada por él mismo para olvidarse de sus alrededores inventados y prestar atención a su trabajo; cosa que en estado sobrio le resulta realmente difícil.

Curiosamente, fue su pequeña petaca de whisky la que le enredó en lo que será la mayor aventura de su vida y, quizás, la de todas las vidas en la Tierra...

—¡Menos mal que estaba cerrada!— Cristock tiene costumbre de enroscar el tapón de su petaca cada vez que le da un trago, pues esto le autoconvence de no volver a dar otro sorbo hasta dentro de un rato (aunque

no siempre lo cumple). Y menos mal que la petaca estaba cerrada cuando sin querer le dio con el brazo y la tiró sobre el controlador de coordenadas, pues de haberse derramado el whisky sobre semejante ingenio informático, serían necesarias muchas horas de reparación y por tanto el mismo tiempo de inhabilitamiento para el telescopio. Por consiguiente, su afición a la bebida habría de provocar muchas críticas que, no sólo aumentarían su manía persecutoria, sino que lo obligarían a trabajar sin su medicina caza fantasmas.

En cualquier caso, nada de esto ha ocurrido. Lo que sí ha pasado es lo siguiente: la petaca presionó ciertos botones que han creado nuevas coordenadas totalmente arbitrarias. Cristock se da cuenta de ello y se dispone a cancelarlo para seguir con el estudio de su nebulosa, que por cierto...

—¿Qué nombre le pongo?— Pensaba Cristock mientras vislumbraba aquel arcoíris espacial. —Le prometí a mi hija que le pondría su nombre. El problema es que le prometí lo mismo a mi mujer... ¿Abby? ¿Eleanor? No sé. La verdad es que preferiría llamarle Abby. Que no se enfade mi mujer pero su nombre no me acaba de convencer para una nebulosa. Eleanor... Quizás para un asteroide ¿?— Y mientras cavilaba en el tema, se volvió a fijar en las coordenadas introducidas "por su petaca" y se dijo, —¡Qué diablos! A ver hasta dónde nos lleva el libre albedrío. Ya tendré tiempo luego de volver a mi nebulosa.— Fue entonces cuando presionó el botón de INTRO y el Telescopio comenzó a moverse...

Nunca más regresará a aquella nebulosa.

...

Ya habían pasado dos minutos y el telescopio todavía seguía moviéndose en busca de las nuevas coordenadas. Cristock ya empezaba a desear no haberle dado al botón, pues tenía mucho trabajo pendiente como para ponerse a jugar a los dados. De pronto el telescopio se para por fin y, en su pantalla, se muestra la imagen de lo que parece un sistema solar con planetas girando a su alrededor. Se había topado por supuesto con una de las estrellas de nuestra galaxia, la Vía Láctea, y aquello parecía estar enmarcado a propósito, como en una fotografía. No tuvo que hacer Cristock ningún ajuste de coordenadas para observar el panorama con todo detalle. Calculó cuál era exactamente la distancia de esa estrella y comprobó que estaba realmente lejos, ya casi 17 mil años luz de distancia!

—Qué curioso...— pensaba Cristock al fijarse bien en uno de los planetas que orbitaban aquel sol. Resultaba que parecían surgir "pequeñas" explosiones en la superficie de ese planeta, pero estaba demasiado lejos para verlo con claridad y exactitud, así que aumentó todavía más la visión hacia aquel pequeño planeta de color azulado. Se acercó a lo máximo que

el telescopio permitía, sin hacer uso del sistema de súper-amortiguación ni de los aumentos digitales; no eran necesarios.

Cristock empezaba a dudar de haber visto explosión alguna, ya que estuvo observando el planeta un buen rato sin resultado, pero en verdad podría pasarse mucho más tiempo observándolo... Aquel planeta era de un tremendo parecido con la Tierra, y cuanto más lo miraba más se impresionaba de su semejanza. Estaba hipnotizado con aquello y no era para menos; el azul ocupaba la mayor parte de la superficie, al menos del lado que Cristock estaba observando, y hasta el más escéptico y pesimista habría dicho sin dudar que se trataba de un océano de agua. Y si esto era mar, como no podía ser de otra forma, todo lo demás tenía que ser tierra, y Cristock habría apostado cualquier cosa a que así era.

Se dispuso a activar el súper-amortiguador, que sirve para evitar que el telescopio vibre cuando se le aplican aumentos extremos, pues el ángulo de visión al que puede llegar la Lente Espía es tan reducido, que el propio funcionamiento de los ordenadores de a bordo ie incluso el latido del corazón de Cristock! impedirían ver cualquier imagen con nitidez. El artefacto en cuestión funcionaba con electroimanes; un auténtico monstruo de la tecnología, y como tal necesitaba también de una monstruosidad de tiempo para ejecutarlo por completo; concretamente 33 minutos exactos.

Pero... —Oh, mierda. ¡Mierda!— El ordenador avisaba de la salida del Sol, así que debía cerrarse la compuerta de la lente principal y apagar todos los dispositivos, excepto, claro, el dispositivo de limpieza, que debía estar trabajando durante todo el día, mientras la gran Lente duerme, que bien se lo merece. Y es justo unos segundos antes de que el telescopio comience a ocultarse cuando, de pronto, Cristock observa una gran explosión en medio del planeta. —¡Dios mío!— Esta vez vaya si la ha visto con exactitud, y qué claridad. Una explosión enorme a juzgar por los datos que aportaba el ordenador: mayor que cualquier erupción volcánica que haya habido en la Tierra, aún a pesar de que el tamaño del planeta es inferior al de la Tierra, según indica también la computadora. Sin lugar a dudas aquella bomba volcánica informaba que debía tratarse de un planeta de lo más activo sismológicamente.

Claro que, los pensamientos académicos no frecuentaban la mente de Cristock. — Bueno, ¿y quién dice que tenga que tratarse de un fenómeno terrestre?— Esta duda deja al hombre con un hormigueo en el cuerpo y, mientras el telescopio terminaba de cerrarse por completo, una impotencia que sobrepasa los límites de la paciencia incluso para un científico, lo depone en una intriga incontrolable. Aún le quedaba todo el día y la mayor parte de la noche hasta esperar su siguiente turno. —Esto requiere un poco de whisky.—

Pero antes de irse a su casa, Cristock debe guardar las nuevas coordenadas en su tarjeta de memoria. Es entonces cuando se le ocurre llamarle a dicho archivo "Tierra 2".

...

A la mañana siguiente, Cristock se dirigió temprano al observatorio. No había dormido bien; quizás la cena le había sentado un poco indigesta con los nervios de esa noche. Y todavía le quedaban 9 horas para su turno en el Telescopio, pero no podía estar en ningún otro lugar que no fuera el observatorio, esperando el tiempo que fuera necesario, pero siempre ahí dentro, acechando a los astrónomos como un buitre acecha a su presa moribunda. Con la disculpa de supervisar el funcionamiento de su Lente Espía, Cristock merodeó durante todo el día, con la mirada perdida en todas partes, hasta que por fin llegó su hora.

Para que no ocurriera lo del día anterior, comenzó por activar ya el funcionamiento del súper-amortiguador por electroimanes y así ahorrar tiempo. Quería acercarse hasta lo más profundo de aquel misterioso planeta y comprobar si aquello azulado era realmente agua, como parecía proclamarse a gritos. Y también si aquella zona de aspecto sólido presentaba algún signo de vida vegetal o incluso animal, pero sobre todo quería saber qué eran aquellas intermitentes y enormes explosiones...

Treinta y tres minutos más tarde, el complejo sistema de amortiguación ya estaba activado por completo. Cristock introdujo las coordenadas del planeta pero, —Qué extraño...— allí no había nada. Alejó el aumento para encuadrar de nuevo el sistema solar entero, y ahí lo estaba, tal y como debía ser, pero en cambio el planeta azul se había desplazado un poco en su órbita. Claro, el ordenador había calculado automáticamente el movimiento de traslación de la estrella alrededor de la Vía Láctea, y por supuesto el mismo movimiento de nuestro Sol orbitando sobre el centro de la misma galaxia. También hubo de calcular el movimiento de traslación de la Tierra alrededor del Sol así como el de rotación sobre su propio eje. Pero, claro, todavía quedaba calcular ese mismo movimiento de traslación y rotación en el planeta opuesto, y he ahí el pequeño problema. —¡Vaya lío! Menos mal que el ordenador lo hace todo él solito.— El ordenador lo calculó todo en un par de minutos, que habría sido mucha menos duración de no ser porque necesitaba de cierto espacio de tiempo para dejar que el cosmos se desplazase según sus leyes de movimiento, de lo contrario no habría materia prima con la que computar nada.

Una vez localizado y calculado su seguimiento, el impaciente Cristock acercó y acercó el aumento de la Lente hasta introducirse de lleno en el planeta y comprobar que, tal y como imaginaba, la superficie de color azul era efectivamente un líquido de aspecto exactamente igual al de nuestra agua, y sin duda debía serlo. —Tiene que serlo. Qué si no.— El

movimiento de aquel océano dejaba claro que existía atmósfera, pues el mar mostraba olas como las que tantas veces había visto Cristock en sus viajes en barco con su mujer e hija. ...Lo que le hace pensar de nuevo en la nebulosa que había prometido "regalarle" a ambas. —¡Olvida esa estúpida nebulosa!— Se dijo a sí mismo. —Lo que tengo entre manos es el mayor descubrimiento que se ha hecho desde la inauguración de este telescopio. ¡Qué digo! ¡¡Es el mayor descubrimiento desde la invención del telescopio!!—

Pronto Cristock descubrirá que su hallazgo es todavía mayor, muchísimo mayor, de lo que él pensaba...

...

Desplazó la visión de su telescopio hacia la derecha. Aprovechando la situación, el movimiento panorámico le mostraba una visión espectacular de la majestuosidad de aquel océano tan parecido a los nuestros. Era muy hipnótico, pero también un poco mareante, como si estuviera sobrevolando por encima del mar y sin quitar la vista de él ni un momento. —¿Pero tan lejos está la tierra de la costa? Juraría que ya debería... ¡Ahí está!— Por fin Cristock pisó tierra firme; sus breves minutos de naufragio lo habían llevado a otra de sus breves desesperaciones. Y eso que, como científico que era, siempre había hecho gala de una paciencia fuera de lo normal, pero es que todo este asunto lo estaba poniendo realmente a prueba.

Detuvo el movimiento lateral y, sí; sí... —¡Sí! Por supuesto que es vegetación. Está todo el planeta plagado de plantas. ¡¿Será posible?! Si parece la selva amazónica. Es como un repollo gigante.— En realidad Cristock se refería al brécol, pero efectivamente, había tantísimos árboles y tan pegados entre ellos que, desde ese elevado y cenital punto de vista, parecía una gran manta de musgo. Podría aparecer de pronto cualquier animal de entre la vegetación, o una bandada de pájaros sobrevolando la arboleda, que seguramente Cristock no se habría sorprendido, creyendo por un momento que estaría viendo un documental de naturaleza. Y es que realmente parecía que estuviera viendo su propio planeta a vista de helicóptero.

Cristock había descubierto por vez primera un planeta con vida, y no precisamente una bacteria ni algún unicelular "insignificante", sino un auténtico planeta viviente como el suyo. Y dio por sentado que no lo publicaría en ningún medio, ni siquiera lo comentaría con nadie todavía, pues si lo hiciera se hubiere quedado sin su descubrimiento. Enseguida pasaría a manos de organizaciones más importantes y específicas hasta quedarse él al margen de todo y pasar a obedecer órdenes. — Órdenes mal ordenadas, lo que me faltaba.—

Decidió entonces moverse más hacia la derecha, más tierra adentro. Sin prisa, contemplando el paisaje, esperando dar con alguna pista... de lo que fuera.

...

Resultaba de lo más relajante y excitante al mismo tiempo. Estaba dando un paseo a vista de pájaro sobre un planeta vivo a miles de años luz de distancia. Era curioso... Como científico, Cristock sabía que lo que estaba viendo había ocurrido hace muchísimo tiempo, casi 17.000 años atrás, ya que es el tiempo que tarda la luz en llegar desde aquel planeta; pero en cambio le resultaba imposible dejar de ver aquel paisaje como algo presente que estaba ocurriendo en aquel preciso momento...

—Qué ha sido eso ¡!— Algo acababa de suceder entre la vegetación. Cristock frenó la panorámica del Telescopio y retrocedió muy lentamente. Algo había ocurrido, sin duda, pues no es posible que unos árboles, por muy extraterrestres que sean, cobren movimiento. —¡Ahí está!— ... —¡¡Ahí está!!— Los árboles se movían. Cristock detuvo el movimiento para observar de qué se trataba. Sin duda, no eran árboles nómadas... Había algo tras ese mar de hojas verdes, y desde luego no era un vegetal. Ahora el animal (—¡Tiene que serlo...!—) se mueve hacia abajo, y Cristock por descontado lo persigue con su Telescopio, como cazador que apunta a su presa con la mirilla telescópica de su rifle. Pero todavía no podía disparar... Debía esperar a que el animal, o lo que fuera, saliera de esa maldita frondosidad.

Lo persiguió durante un buen rato. A veces se paraba, quizás para descansar, pero en seguida continuaba su carrera. Debía ser un animal bastante grande, ya que los árboles se movían considerablemente a su paso, pero en cambio nunca llegaba a ver ni un solo rasgo de aquella cosa. De pronto se descubrió un descampado, que era hacia donde se dirigía precisamente la bestia; Cristock se exasperó entonces. Con el Telescopio en movimiento, se preparó para disparar. Deberá sacar una fotografía de ese animal en cuanto salga al descubierto, pues puede que esté desorientado y decida volver al bosque en un abrir y cerrar de obturador. Cuando estaba al borde de la arboleda, el animal se paró. Con la excitación y los nervios, Cristock sacó la foto sin querer, pero no, no captó nada; el animal no llegó a salir de entre los árboles. La pausa se hace interminable. — ¿Pero quieres moverte...?— Durante este momento de tensión pausada, Cristock cruzó los dedos y decidió aplicar un aumento digital a la imagen en directo; quizás así lograría vislumbrar algún pequeño detalle entre las hojas...

Pero el animal se mueve justo cuando Cristock había aumentado la imagen al máximo, y así lo perdió de vista. Corrió hacia el descampado y el ahora sudoroso científico hizo lo mismo con su Telescopio, pero la visión era demasiado cerrada como para poder localizarlo. Lo ha perdido de

vista; debe alejar rápidamente el aumento digital o lo perderá del todo.

—Lo tengo.— No hizo falta alejar nada, ahí estaba el animal, excitado, moviéndose inquieto en el sitio, como un asustado elefante de los antiguos circos. —¿Un elefante...?— No, no era un elefante. En seguida Cristock comprobó que en realidad se trataba de un auténtico mamut. Un enorme mamut del pleistoceno había aparecido ante los ojos de nuestro amigo Cristock Earl.

...

—¿Pero qué...?— Desde luego, no era ningún ser extraño; no era ningún monstruo extraterrestre con tentáculos y antenas. Resultaba paradójico que hubiera podido sorprenderse menos si hubiera visto algo así. Y es que la visión de un mamut, que tantas veces había visto en el Museo su ciudad, no pudo hacer otra cosa que dejar a Cristock con la boca abierta durante el tiempo que el animal estuvo inmóvil, e impaciente, en aquel descampado. Y más tiempo que esa boca permanecería abierta, si no fuera por lo que a continuación ocurrió.

Una lanza pasa rozando la cabeza del indomable mamut. ... Sin pausa, otra lanza le atraviesa la oreja y la bestia reacciona violentamente levantando el cuerpo sobre sus patas traseras. Pero en seguida una tercera lanza se le clava en el cuello, y luego otra en el muslo. El mamut cayó de rodillas un segundo para levantarse de nuevo, pero siguió recibiendo más y más lanzas que se le clavaron por todo el cuerpo. Finalmente se desplomó en el suelo para ya no volver a levantarse. Entonces sucedió lo que, por increíble que parezca, cualquier persona habría esperado que sucediera: una tribu de indígenas se abalanzó sobre el animal para terminar con él. —¡Cavernícolas!— Y sin duda lo eran... Aunque, observándolos minuciosamente, y Cristock dedicó largo tiempo a ello, se descubre algo más concreto y más sorprendente si cabe. A pesar del incómodo ángulo de observación, casi cenital, el astrónomo inspecciona sus rasgos huesudos, corpulentos... —Sí. ¡Tienen que ser hombres de Neandertal...!—

Así era, un grupo de unos treinta neandertales tirándose encima del mamut para inmovilizarlo. Eran pequeños pero de una fuerza sorprendente; levantaron rocas de casi su mismo tamaño y las estamparon contra la cabeza del paquidermo hasta que por fin dejó de moverse. La escena deja a Cristock en estado de shock; literalmente no podía creer lo que estaba viendo. Esto no tenía ningún sentido para él. No lo tenía en absoluto. A menos que...

Cuando la escena de los neandertales se puso más interesante, Cristock, totalmente absorto en sus pensamientos, alejó de pronto la imagen. Perdió de vista la tribu y su presa en la inmensidad de la llanura y continuó alejándose hasta comenzar a ver la costa oceánica y luego la

parte helada del planeta, hasta detenerse en el momento en que dejó encuadrado el planeta entero en toda la pantalla. Entonces Cristock inclinó su cabeza hacia un lado, se detuvo un segundo y siguió girando su cabeza junto con su cuerpo hasta quedarse casi boca abajo con un pie en el suelo y el otro sobre su silla. Se pasó un buen rato en esa postura, como si estuviera estirándose la espalda aunque de una forma muy retorcida, en todos los sentidos. Tras el extraño momento, y quizás porque la sangre se le había subido ya a la cabeza, se sienta de nuevo y toca ciertas configuraciones de la imagen que hacen rotar el planeta unos 150 grados en el sentido de las agujas del reloj.

—Pero... ¿Cómo es...? Es... ¡!— Cristock miró a su alrededor con nerviosismo contenido; parecía estar sufriendo uno de sus ataques de manía persecutoria. Aunque en este caso era comprensible, puesto que lo que estaba viendo sólo podía ser una broma de algún compañero. Destapó Cristock su petaca de whisky y le dio un trago interminable que terminó con su contenido. Entonces se recostó cómodamente en su asiento e intentó tranquilizarse. Por todos los medios trató de racionalizar lo que su inseparable amiga, la Lente Espía, le estaba mostrando en la pantalla: el planeta Tierra.

Su propio planeta visto desde el otro extremo de la galaxia. —¿Será posible?— Desde luego que lo era. Ya lo presagiaba el océano y la naturaleza vegetal; ya lo evidenciaba el mamut y los neandertales; pero siempre podrían ser tremendas casualidades... o al menos eso nos obliga la mente a creer. Pero no. No. — Europa... África...— Observó ahora también el blanco hielo que cubría buena parte del planeta y que, antes, con la excitación del momento, le había pasado desapercibido. —No eran simples nubes... Entonces tiene que tratarse de la Edad de Hielo. La glaciación de finales del Pleistoceno... Está claro.— El efecto del whisky dejaría de hacer efecto en breve, y Cristock se empezaba a preocupar. De vez en cuando apartaba la mirada de la pantalla para mirar de reojo a su alrededor.

.....

LA LENTE ESPÍA

Capítulo 2

Todo este asunto estaba resultando muy obsesivo y hasta paranoico. Cristock comprobó, a grosso modo, que el ordenador no cometía ningún error. —Pero qué tontería... Claro que no es problema de la máquina, ni de la Lente. Ni de nada.— Por supuesto una computadora no podía

inventarse semejante historia en imágenes. Y el completo sistema solar que Cristock observó al alejar todavía más el cuadro, tampoco podía tratarse de ningún fallo tecnológico.

—A ver si lo he entendido... Estoy mirando cara a cara a un sistema planetario exactamente igual al mío, con mi propio planeta Tierra como protagonista, y situado a casi 17.000 años luz de distancia. Lo que significa que la caza del mamut ha sucedido hace unos 17.000 años.— Se quedó un rato pensando. Buscó en Internet información sobre los mamuts y los neandertales, y comprobó que pertenecen a un pasado anterior a 17.000 años. Entonces se le ocurrió una extravagancia de las suyas...

—Lo único que tendría sentido en todo este asunto, sería que hubiera un gigantesco espejo al otro lado de la galaxia y que éste estuviera dirigido directamente hacia nosotros. Así, nuestro reflejo en dicho espejo tardaría el doble de tiempo, o sea unos 33.000 años luz de distancia. Y hace 33 milenios... sí había neandertales; y mamuts.— Aún a pesar de lo absurdo que resultaba pensar en un espejo de semejantes dimensiones situado en medio de la nada, parecía que la idea también encajaba con la cuestión de los tamaños de todos los astros, como bien pudo comprobar Cristock ipso facto: Tierra 2 y su sol eran exactamente la mitad del tamaño que los nuestros, y eso es justo lo que sucede en el reflejo de un espejo en cuanto a proporciones.

—Pero no, no es posible tal cosa... Qué estupidez ¡!— Pero en el fondo, Cristock sabía que la propia base de toda esta historia no tenía ni pies ni cabeza, así pues, la idea de un espejo enorme flotando por el espacio no tendría porqué ser nada del otro mundo.....

...

Cansado de filosofar, Cristock se propuso volver con la cacería del mamut, pero ya era tarde. El señor Telescopio avisaba de la salida del Sol y debía cerrarse y apagarse por completo para su descanso diurno. Él, en su condición de robot, permanecía totalmente ajeno a lo grandioso del descubrimiento de su colega humano, y por eso descansará mercedamente y sin ninguna dificultad tras una larga noche de trabajo duro.

La Lente Espía se apaga. Habrá que esperar hasta mañana a últimas horas de la noche para poder seguir investigando la vida de aquellos neandertales. —Espero no pasarme las 3 horas que tengo buscándolos. No creo que tengan sus cabañas, o sus cuevas, muy lejos de aquel descampado. Cruzaré los dedos hasta entonces.— Y echó la mano a su petaca, sin darse cuenta que ya había acabado con el whisky de un trago hacía un rato. —Bueno, mejor que me vaya a casa.

Buenas noches.— Se despidió de su ultra tecnológico amigo y se fue a

dormir, o al menos a intentarlo.

Mientras se dirigía a su casa, fue observando a su alrededor casi constantemente. Desde las desérticas instalaciones del observatorio, hasta la llegada a la tranquila urbanización donde vive con su mujer e hija, pasando por el relajante camino en coche que une ambos puntos. No podía pensar en otra cosa. —Esto es demasiado extraño.— Se repetía a sí mismo una y otra vez. Realmente creía que debía haber alguien o algo detrás de todo esto.

A la mañana siguiente, se dirigió temprano (al atardecer) hacia el observatorio; sabía que no podría usar la Lente hasta el final de la noche, pero ¿qué iba a hacer si no? Necesitaba estar cerca de Él, como si se lo pudieran arrebatarse al más mínimo despiste; cosa que no podría haber ocurrido de ninguna manera pues los turnos ya estaban preestablecidos con bastante antelación y sólo podían ser cancelados o movidos previo comunicado y consiguientes papeleos; burocracias de las que Cristock, por cierto, tenía la suerte de poder librarse muchas veces por su condición de "observador privilegiado". Es lo que conlleva ser uno de los creadores de la Lente Espía...

Pero la suerte no le iba a acompañar ese día a Cristock. Precisamente uno de los otros dos artífices del Aparato, el señor August Franklin, había llegado de visita para vigilar, o al menos simular que supervisaba, el Gigante de los telescopios. — ¿Qué hace Franklin aquí? ¡Precisamente hoy!— Pensaba Cristock al ver a su compañero y mayor accionista de la F.E.G. Gracias a él y a sus dotes comerciales y de oratoria, así como a su enorme capital económico y sus poderosos contactos por todo el mundo, se había logrado lo que siempre había parecido imposible: crear el telescopio más grande jamás creado por el hombre.

Pero Franklin, como todo hombre de negocios, era una persona impaciente e impulsiva. Y desde luego Cristock no pensaba contarle ni una palabra de su nuevo descubrimiento, de lo contrario tendría que ceder el relevo inmediatamente, cosa que no iba a permitir bajo ningún concepto. Un pensamiento egoísta, sí, pues en realidad se avanzaría muchísimo más deprisa si Cristock se echase a un lado. No porque él no estuviera capacitado, ya que era uno de los más cualificados astrónomos de su generación, sino porque se contaría con un mayor equipo humano, y además el Telescopio trabajaría por supuesto durante todo su tiempo de actividad nocturna en exclusiva para dicha investigación.

Pero todo eso a Cristock le importaba poco; era su descubrimiento y lo seguiría siendo hasta que al menos llegase a una conclusión; y ni Franklin ni nadie se lo iba a impedir. Y por cierto... —¿Qué hace Franklin aquí? ¡Precisamente hoy!—

...

Franklin saluda, ya desde la lejanía, a Cristock con su habitual y empalagosa energía. Cristock le devuelve amistosamente el saludo a su socio, quien le cuenta que acaba de llegar del otro lado del mundo. Doce horas de avión con el Sol del atardecer pegándole en un lado de la cara durante todo el viaje. Y es que el avión iba "tan rápido como el Sol", así que éste no paró de broncear su rostro hasta que se ocultó por fin tras el horizonte al tomar el avión tierra doce horas más tarde... — ¿Pero no había persianas en ese avión? — Franklin siguió hablando sin escuchar la pregunta de su compañero...

Franklin era una de esas personas tan enérgicas que cuesta imaginarlas durmiendo por las noches. Igual que un tiburón, se moriría si dejase de nadar. Cristock en cambio es más como un delfín; por muy mayor que se haga, sus necesidades de jugar y experimentar siguen siendo las de un niño.

Los dos socios se van a tomar algo a la cafetería del observatorio, que a esas horas, las 10:00 p.m., estaba aún muy concurrida; nada que ver con las tardías horas del turno de Cristock, cuando todo el edificio está casi totalmente vacío. En la cafetería, Franklin le preguntó a Cristock por su nuevo descubrimiento. Durante unas décimas de segundo un sudor frío recorrió su espalda, pero si algo caracteriza a Cristock es su frialdad ante circunstancias imprevistas, así que su cara de póker permaneció impasible ante el comentario y reaccionó inmediatamente con absoluta serenidad a lo que le estaba preguntando. —Lo sé, una nebulosa no es gran cosa...— Lo dice con un tono rimbombante. —Pero algún día descubriré algo realmente importante. Lo presiento.— Inmediatamente Cristock se arrepiente de lo que acaba de decir. —Seré bocazas...i!—, piensa. Lo intentó difuminar diciendo que con el Gigante de arriba todo era posible. Cristock señaló al techo de la cafetería, pues sobre sus cabezas se encontraba la Lente, bostezando ya, preparada para una nueva noche de duro trabajo.

Cristock retoma el tema de la nebulosa y le comenta sus mundanas dudas sobre el nombre que le va a poner; si el de su mujer o el de su hija. Aunque por supuesto esa cuestión ya no le interesaba en absoluto. Y es que la nebulosa, a pesar de ser realmente espectacular, debía dejar paso a un tema mucho más importante, el tema por excelencia y que mantenía a Cristock en un estado constante de muerto viviente. Un zombi astrónomo que no buscaba comer cerebros pero sí que el dichoso asunto le estaba comiendo el suyo propio...

Precisamente por eso, a penas podía Franklin mantener una conversación fluida con su compañero. La mirada de Cristock parecía atender vagamente a lo que Franklin le contaba, pues en realidad su mente no abandonaba Tierra 2 en ningún momento. Tan sólo las salpicadas

preguntas que Franklin le hacía lo despertaban de vez en cuando de su letargo. El dicharachero compañero hace notar a Cristock que no le está prestando atención, y se lo hace notar a su manera o sea diciéndoselo claramente a la cara. Cristock le pide perdón y pone como excusa el cansancio acumulado por tener que acostarse al amanecer durante varias semanas seguidas, además de otros asuntos. ... De pronto Franklin le pregunta por los neandertales ¿?!

...

Cristock sabía que hablaba del libro que había estado intentando ocultar todo el tiempo, pero debía disimular su pleno interés sobre el tema. —Ah, sí... Cosas de mi hija Abby.— No obstante también reconoció, entre risas (interpretativas), que a él también le parecía un tema interesante... Franklin le cogió el libro, en el que, a pesar de estar mezclado entre los demás documentos y carpetas de Cristock, se podía leer el título en su lateral. Cris, como le llamaba su compañero, declaró su interés en algunos temas escolares que durante su etapa colegial a penas le importaban. —Ya sabes, basta que te obliguen a estudiarlo para que deje de interesarte. ¿No te ocurría a ti lo mismo?— Franklin ojeaba el libro, sin mucho interés, tan sólo por curiosar. Mientras, Cristock se preguntaba si este momento no acabaría siendo un problema para el futuro, ya que tarde o temprano todo el mundo acabaría enterándose del famoso descubrimiento. Y cuando ello ocurriese cobraría Franklin consciencia del falso momento que estaba viviendo en este preciso instante. —¿Por qué no habré escondido bien el libro entre los demás papeles...?—, cavilaba Cristock. Seguía dándole vueltas al tema, pues detestaba las mentiras, por pequeñas o piadosas que éstas fueran. Ahora por tanto se sentía a sí mismo inevitablemente detestado.

Cristock empezaba a preguntarse hasta cuándo se quedaría Franklin en el observatorio, así que terminó preguntárselo. Cuál fue su sorpresa al enterarse que pretendía quedarse —¿Durante mi sesión en la Lente...?—, pregunta Cristock, y Franklin asiente mientras le da un mordisco a su bizcocho. El científico hizo entonces un cálculo aproximado de las horas que Franklin llevaba despierto, auto convenciendo de que quizás acabaría desistiendo y marchando a su apartamento antes incluso de que llegara su turno en el Telescopio. Y realmente era difícil que pudiera mantenerse despierto durante tanto tiempo y sin descanso, incluso para un hombre tan activo como él. Era imposible... Pero entonces, Franklin, dijo algo que escandalizaría a Cristock interiormente. —¿Qué vas a descansar un rato? ¡...!— Exacto, y luego volvería con las pilas recargadas, más si cabe, para acompañar a su amigo en su "aburridísimo trabajo", decía. Se levantó de su silla y Cristock lo detuvo con impaciencia, pero Franklin nunca da el brazo a torcer. —Como quieras...— El bueno de Cris, como también le llamaba su colega, tenía tanto miedo a que pensara que ocultaba algo, que no insistió en rechazar su compañía. Así pues, su fingida falta de insistencia, unida a los decididos planes de

Franklin, terminarían en lo que parecía inevitable.

Franklin se marchó y Cristock se sentó de nuevo ante su almuerzo. Fruto de la inercia, una sonrisa se mantuvo en su cara durante casi medio minuto, el tiempo que necesitó para mentalizarse de que ya estaba solo de nuevo pero, ¿por cuánto tiempo?

...

Unas horas más tarde, Cristock se puso por fin a los mandos de su Gigante. Franklin aún no había llegado, pero quizás lo hiciera de un momento a otro, así que debería centrarse hoy en su antigua nebulosa, no vaya a ser... —No. ¡Qué diablos! No. No puedo pasarme toda una jornada, icon lo cortas que son!, sin averiguar algo nuevo sobre Tierra 2. No puedo. ¡No quiero!— Así que cogió Cristock su memoria portátil y la introdujo en la computadora del Telescopio. Éste se puso en marcha automáticamente a la búsqueda del misterioso sistema solar. Ese tiempo lo empleó Cristock para pensar qué podía hacer en cuanto Franklin apareciese por la puerta. Debía discurrir algún plan, ¿pero cuál? ... El caso es que la pantalla ya mostraba Tierra 2 y Cristock seguía sin plan alguno, pero dejó de importarle de inmediato; lo que estaba viendo era de tal majestuosidad que no podía pensar en otra cosa y, como hipnotizado por aquello, continuó en dónde lo había dejado el día anterior, sin más dilación.

Acercó el plano hasta el punto exacto donde había sucedido la caza del mamut. Evidentemente ya no había ni mamut ni neandertales, pero sí había el rastro que habían dejado los homínidos al arrastrar el paquidermo por el suelo. Lo arrastraron a lo largo de toda la pradera, y Cristock siguió el rastro con impaciencia. —La de horas que les habrá llevado arrastrar el animal por todo el campo. ... Habría sido un espectáculo impresionante, lleno de información sobre esta especie de humanos desaparecidos. Tendría que haberlo grabado...— Al llegar a la frondosidad del bosque, se perdió el rastro. Aun así, llevado por su intuición, siguió tras la pista de la tribu. En algún lugar cercano tendrían que tener su guarida; quizás en una cueva, o en chozas de madera... —O al menos eso dice el libro.— Cristock abrió su libro de los neandertales y le echó un vistazo a la página que hablaba sobre los tipos de viviendas que se construían en aquellos tiempos. Sin quitarle ojo al libro, vigila constantemente la pantalla del Telescopio mientras éste se desplaza automáticamente por el bosque. En un momento de despiste, concentrado en unos dibujos del libro, le parece haber visto algo en la pantalla; quizás la dichosa cabaña. Deja el libro y retrocede el movimiento del Telescopio. —Eh... Sí, es una cabaña. ¡Es una cabaña! Pero...— No era una cabaña como la de los dibujos del libro, ni mucho menos.

Aquella vivienda no parecía en absoluto una construcción neandertal. Estaba construida en un pequeño descampado artificial, en medio del

bosque. Y artificial también era la palabra que mejor definía la propia construcción. Desde luego construida con maquinaria o al menos herramientas y técnicas de fundición. Nada que ver con la cultura musteriense del paleolítico medio; ni siquiera con las técnicas más avanzadas del paleolítico superior. —Pero en qué estoy pensando? Claro está que se trata de algo mucho más moderno y avanzado, ¡mucho más incluso que las construcciones actuales!— Eso no podía ser cosa de homínidos, ni siquiera cosa de humanos... Era una construcción pequeña, del tamaño de una casa normal, pero de corriente no tenía nada. Su techo era de una superficie brillante y totalmente lisa, como pulida; incluso reflectante, y no con forma de tejado tradicional sino plano, perpendicular a las paredes, por lo que tomaba ese tono azul reflejo del cielo. Las paredes casi no podía verlas, tan sólo las de un lado, ya que la visión casi cenital de la imagen se lo impedía. No parecían paredes muy altas, y lo que también sí pudo visualizar fue una pequeña puerta en una de ellas. —¡Una puerta!— Así que se quedó a esperar; estaba seguro de que en cualquier momento alguien saldría, o entraría, por aquella puerta.

Esperó y esperó, muchos segundos y algunos minutos, que para él eran como horas enteras. Decidió entonces capturar un vídeo de todo lo que estaba sucediendo en pantalla, para guardarlo y estudiarlo posteriormente con todo detalle, pues tenía la esperanza e incluso el presentimiento de que algo interesante ocurriría... Y por fin, la puerta se abrió. Se abrió con rapidez y del interior de la vivienda salió corriendo un hombre de Neandertal. Tropezó y cayó al suelo, miró hacia atrás, para el interior de la casa y echó a correr hacia el bosque a toda prisa. Cristock lo siguió con la Lente durante unos segundos pero en seguida decidió volver a encuadrar la puerta de la casa; estaba claro que algo más saldría de ahí dentro. Y así fue, nada más pararse de nuevo en la puerta, que seguía abierta, salió otro neandertal, —Parece una mujer.—, que también echó a correr hacia el bosque. Luego apareció otro, y luego otro,... Una tribu entera de neandertales, de unos treinta miembros, salieron del interior de la extrañísima casa. Todos escaparon hacia el bosque, pero Cristock no se atrevió a seguir a ninguno de ellos. Se muere de ganas por saber hacia dónde van todos, pero más interés le procesa el saber de qué escapan todos ellos, y por eso continúa con la vista puesta en aquella puerta. —¡Ojala tuviera dos Telescopios...!—

Cuando por fin ya no salieron más neandertales del interior, se produjo una pequeña pausa y, entonces, un último personaje salió, miró rápidamente a su alrededor, entró de nuevo y cerró la puerta. Todo realizado con movimientos muy, muy esquemáticos. Pero... ¿quién era ese personaje? ¿Por qué iba vestido de esa forma tan extraña? ¿Y qué llevaba en lo alto de la cabeza? ... ¿Era un Homo Sapiens? No, eso desde luego que no. Los Sapiens son algo más altos que los neandertales, y esta persona, este ser, era incluso más bajo que un hombre de Neandertal. Y tampoco parecía uno de ellos en lo que a fisonomía respecta, a juzgar por los rasgos faciales que le pareció observar en ese breve espacio de tiempo

y a esa cierta distancia y ángulo casi cenital. De hecho, fisonómicamente eran totalmente opuestos: los neandertales tienen la nariz muy grande y unos ojos escondidos bajo sus prominentes cejas, en cambio este hombre tenía ojos muy expresivos, grandes, y la nariz apenas se le apreciaba. En cuanto al ropaje, el extraño personaje llevaba una fantástica vestimenta ajustada al cuerpo, nada que ver con las pieles de animales que llevan los Homínidos. —Pero todavía tienen menos parecido con nuestra ropa actual...— También resaltaba, sobre todo, esa especie de turbante de color rojizo que el ser llevaba sujeto a la cabeza, lo que le daba más altura de la que en realidad tenía, pero ni así parecía ni más alto que los neandertales, quienes, según el libro de Cristock (y cualquier otro libro sobre el tema...), medían 1,65 metros de media. Por tanto, resumía Cristock, se trataba de un ser de metro y medio de altura a lo sumo, de complexión más bien débil y con rasgos faciales muy suaves e inquietantemente expresivos. Es todo lo que pudo comprobar en el par de segundos que el personaje "salió a escena".

—¡Se abre!— La puerta se abrió de nuevo. Parecía que Cristock iba a tener más tiempo para analizar al personaje con detenimiento. Y del interior salieron ahora dos, tres y hasta cuatro personajes; todos iguales, todos vestidos con ese traje de película de ciencia ficción. Todos con ese turbante... —No. No es un turbante, parece su propio pelo, un pelo rojo muy largo peinado hacia arriba, como si fueran disfrazados; de duendes...— Y los "duendes" miraron a un lado, miraron al otro y por último miraron hacia arriba, lo que a Cristock le impresionó de sobremanera, pues parece que le estén mirando fijamente a los ojos. Realmente lo parecía, a pesar de ser imposible ya que están a años luz de distancia. Se quedaron mucho rato mirando al cielo, quizás a algún pájaro. —Quizás miren al Sol, para guiarse en el tiempo. O puede que...Dios, parece que estén mirando para mí... Estos tíos me están mirando a mí. ¡Me están mirando a mí!— Los pensamientos de Cristock empezaban a colapsarse ante semejante y grotesca desinformación constante.

Entonces, de pronto, entró Franklin por la puerta del observatorio y saludó, como siempre, con un ímpetu contagioso que levantó a Cristock de su asiento; impulso que aprovechó éste para apagar con disimulo el monitor principal. Se acercó Cristock a su compañero mientras lo saludaba, efusivo de más, disimulando su terror ante la situación. Franklin no era un experto astrónomo, pero comprendía bastante bien el funcionamiento del Telescopio y sus entresijos informáticos, al menos lo suficiente como para saber que, lo que Cristock estaba observando, no era la nebulosa de la que le había hablado. Si bien Cristock había apagado la pantalla principal, se podían leer datos como la distancia o las coordenadas en otras pantallas colindantes, y Franklin parecía haberse fijado en ello con cierta extrañeza.

Cristock se dirigió a la puerta, animando a Franklin a que le siguiera. —Te estaba esperando. Me muero de hambre...— Así que le invitó a cenar algo

mientras tomaba un poco el aire. Parece haber dejado a Franklin con las ganas, pero enseguida éste, comensal antes que nada, recapacitó y cedió ante la petición de su amigo. Así pues, Franklin le siguió, pero no sin dejar de echar un último y fugaz vistazo a los paneles de información.

...

Súbitamente, Cristock había ideado un plan que consistía en marchar ambos a la cafetería y con suerte alargar la cena (desayuno para Franklin) hasta que el Telescopio se apagase automáticamente con la salida del Sol. El problema es que aún quedaban casi 3 horas, y ni el mejor político del mundo podría mantener a Franklin en contra de su voluntad durante tanto tiempo. Pero incluso así había que intentarlo.

Todo su plan por los suelos en cuanto Franklin recapacita y pregunta que a dónde van, que él ha venido para ver estrellas, galaxias, "inebulosas!", dice. Cualquier cosa que esté a menos de un año luz de distancia no le interesa. A menos que esté hablando de la "constelación Cruasán", comenta Franklin con cierto humor pero con decisión. Por tanto Cristock no tiene más opción que volver a su sitio y hacerlo cuanto antes para no seguir alargando más esa tortura psicológica que estaba viviendo. Y durante esos pocos metros que separaban la puerta de su asiento, debía pensar un plan B; o C (o D). Quizás no hubiera si quiera un plan posible, pues en realidad todo le había salido al revés desde que Franklin había llegado.

Con la presión del momento, Cristock hablaba insustancialmente mientras se acerca a su asiento y, sin llegar a sentarse, borra las coordenadas de las pantallas para que Franklin deje de verlas, cosa que no había dejado de hacer desde que entró por la puerta. Introdujo entonces las nuevas coordenadas, las de la nebulosa, y se dispuso a ejecutar la orden pero... no podía hacerlo. Recordó que, si bien la pantalla no mostraba ninguna imagen de Tierra 2, la grabación de vídeo que había puesto en marcha hacía unos minutos, seguía por supuesto en funcionamiento. Por tanto, tras aquella pantalla negra y sin vida, podrían estar ocurriendo hechos increíbles que no podía ni imaginarse; no podía porque la presencia de Franklin le impedía pensar en ello. Pero ahora lo importante era al menos intentar mantener la grabación en activo durante el mayor tiempo posible, antes de ponerse con la ya odiosa nebulosa.

Entonces Franklin, formuló la más comprometida pregunta que podía hacer en ese momento: le preguntó por las coordenadas que había en pantalla. Pero Cristock, lejos de dejarse asustar, aprovechó la pregunta para prolongar aún más el tiempo de la grabación (cuanto más mejor) explicándole tranquilamente lo que estaba haciendo, por supuesto omitiendo los detalles referentes a Tierra 2, pero sin ocultar otros datos reales, pues Franklin lo detectaría inmediatamente. Así que le explicó, en resumen, que estaba inspeccionando un grupo de estrellas de la Vía

Láctea. Un sencillo estudio sobre la expansión de nuestra galaxia y que tenía pendiente desde hacía algún tiempo, pero que ya lo había terminado por fin.

Cristock consiguió alargar la charla lo suficiente como para aportarle algunos minutos más de grabación, pero el monólogo resultaba tan superficial y falto de interés que Franklin caminaba aburrido hacia la pantalla principal, como movido por impulsos y, aparentemente, con la intención inconsciente de encender el monitor en cualquier momento. Esto inquietaba a Cristock que, sin dejar de hablar, no tuvo más remedio que verse obligado a presionar el botón y poner el Telescopio por fin en localización de la nebulosa, antes de que a Franklin se le fueran las manos más de la cuenta.

Cual fue la sorpresa para ambos, al comprobar que el Telescopio no reaccionaba a la orden de Cristock y, movido por la impaciencia, presionó el mismo y otros botones repetidas veces; algunas teclas incluso fueron presionadas conjuntamente. Todo valía con tal de quitarse de en medio la imagen de Tierra 2, ya que Franklin en cualquier momento encendería la pantalla para ver qué ocurre, y Cristock, por ética, no se lo iba a poder prohibir... Pero justo cuando Franklin estaba a punto de encender el gran monitor principal, un extraño y profundo ruido retumbó desde las entrañas del Telescopio. —¿Qué ha sido eso?— Preguntó Cristock como si Franklin tuviera la respuesta, pero éste se limita a encender la pantalla ante la petrificada, por inexpresiva, mirada de Cristock. Por suerte, y desgracia, la pantalla no mostraba más que un mensaje de error, nunca visto. Parece que los tecleos pianísticos de Cristock sobre los sensibles comandos del Telescopio, lo habían dejado K.O.

—¿Y ahora qué hacemos?— De nuevo Cristock delega las decisiones sobre su compañero, infructuosamente. Desde luego no podían largarse sin más y dejar que lo reparasen los técnicos a primera hora de la mañana. No en ese estado, con la Lente estancada mirando descaradamente hacia Tierra 2. Siendo así, los técnicos y demás especialistas habrían desmantelado el secreto de Cristock de la manera más tonta. Y después del esfuerzo que había pasado por ocultárselo a Franklin durante todo el día, dejar que eso ocurriera sería lo último. Así que, a pesar de la insistencia de Franklin en largarse y dejar que los técnicos hagan su trabajo, Cristock acabó apañándose para desbloquear algunos automatismos y mover el Telescopio a su posición inicial. Se cerró y apagó el Telescopio un par de horas antes de lo habitual; Cristock había conseguido borrar toda marca y coordenada de Tierra 2 de la memoria del computador. Tan sólo quedaba el vídeo que había grabado, el cual cortó y pegó rápidamente en su tarjeta de memoria, con la habilidad de un especialista en cartomagia, para que Franklin no se diera cuenta. Luego cogió su memoria y la metió en el bolsillo. Esto último lo hizo en cambio sin ningún problema ante la mirada de Franklin, pues lo último que éste habría pensado es que ahí dentro guardara un video con imágenes de unos duendes de pelo rojo en un

planeta idéntico al nuestro hace treinta y tres mil años...

Cristock y Franklin se despidieron el uno del otro en el aparcamiento, mientras se subía cada uno a su coche. Franklin le echa en cara el tiempo perdido, pero avisa que volverá pronto y que espera sea un día más provechoso que el de hoy... — ¡Cuidaré de la Lente en tu ausencia!— Pero Franklin ni sonríe mientras se aleja en su coche. Había venido a ver la nebulosa de su compañero con gran ilusión y se había ido sin nada, o peor, con un molesto error informático.

Cristock se quedó por fin a solas. De nuevo el recorrido en coche a su casa le sirvió para reflexionar sobre lo que ha visto hoy a través de la Lente. Se pasó todo el camino pensando en el vídeo que había grabado en su tarjeta de memoria. — ¿Quiénes serán esos seres con aspecto de duende? ¿Y por qué se habrán quedado mirando hacia arriba? Realmente me he asustado como un crío cuando los cuatro personajes miraron al cielo. Parecía que estuvieran mirándome a mí directamente... Vaya si lo parecía. Me sentía como un Dios; como si pudiera hacer lo que quisiera con ellos; como si los tuviera ahí al lado mía; como si los pudiera tocar con el dedo, o aplastarlos con mi mano si quisiera. ... Qué sueño tengo.. tengo... Tengo que dormir de una vez. ... Pero antes tengo que ver el vídeo.—

Cuando llegó a casa, mucho antes que de costumbre, su mujer e hija estaban aún dormidas, así que aprovechó para sentarse cautelosamente ante su ordenador y visualizar por fin el expectante vídeo. Introdujo la memoria, reprodujo el vídeo y...

.....

LA LENTE ESPÍA

Capítulo 3

Ahí estaban, los neandertales, saliendo uno tras otro de la caseta metálica. Todo esto ya lo había visto, así que adelantó la imagen, a cámara rápida, hasta el momento en que había apagado la pantalla, cuando aparecieron los cuatro "duendes". Le da al play y revive la escalofriante escena de los cuatro extraños personajes mirando al cielo / a Cristock. Mantuvieron su vista en lo alto durante un breve instante, menos tiempo incluso del que Cristock recordaba, y eso que la imagen en "directo" la había tenido que cortar por culpa de la llegada de Franklin,

pero sin duda el terror de aquella visión le había parecido interminable.

Después de esto, los personajillos parecían estar conversando entre ellos. Le costaba a Cristock darse cuenta de ello porque los duendes no gesticulaban prácticamente, al menos no con el cuerpo, y sus posibles gestos faciales eran difícilmente apreciables a esa distancia y perspectiva; no obstante tampoco parecían gesticular con el rostro. En cualquier caso, la posición de los cuatro, reunidos en círculo y mirándose unos a otros, daba a entender que una conversación estaba sucediendo en aquel momento. —¿Qué estarán hablando?— ... —Kuak Mak Taki Muak!!— Por asombroso que parezca, Cristock, influenciado por el sueño que ya le estaba golpeando con fuerza, estaba imitando el sonido de unos supuestos extraterrestres, como si de un doblador de películas de ciencia ficción de serie B se tratase.

Salió del interior un quinto duende, acompañando éste de un neandertal que llevaba atado por una cuerda. Como si fuera un perro, tal cual, el neandertal intentaba salir corriendo pero no podía; la cuerda se lo impedía. Era una cuerda de aspecto metálico que parecía emitir pequeñas descargas eléctricas a cada reacción violenta del neandertal. Resultaba un espectáculo de lo más denigrante para el homínido y, aunque los duendes permanecían físicamente impasibles, a Cristock le daba la sensación de percibir carcajadas burlonas de su interior.

Cuando el torturado neandertal cesó en su intento de escaparse al bosque, los duendes le quitaron la cuerda. Pero estaba ya exhausto y no se movió de donde estaba. Los cinco duendes esperaron un tiempo a que reaccionase, pero nada. Entonces, uno de ellos se acercó al neandertal y le pegó una patada con la planta de su pie en el trasero, quien cayó al suelo, reaccionó por fin y salió corriendo en la misma dirección que antes corrieron sus compañeros. Y de nuevo Cristock, influenciado ya por un sueño inhumano, había soltado una pequeña sonrisa al observar este momento que tanto le recordaba a los gags del cine mudo. Y es que la imagen de Tierra 2, sin sonido y con un sólo punto de vista en plano general, tenía bastante en común con las sensaciones que transmitía el cine mudo y el teatro de pantomima. La única diferencia era que los duendes tenían muy poco de expresivos, al contrario que los mimos del teatro y los cómicos del inicio del cine. —Bueno, también está Buster Keaton... — Además de la inexpresividad, los duendes caminaban dando pasos muy cortos que recordaban al movimiento acelerado de las viejas filmaciones, a 16 fotogramas por segundo.

Tras la escapada del neandertal, los duendes se colocaron en círculo de nuevo, y de nuevo parecían estar riéndose de la situación. Esta vez uno de ellos incluso hizo un movimiento con la cabeza que, Cristock, malintencionadamente, interpretó como una expresión de burla. Seguidamente se fueron metiendo uno por uno en la caseta. El último, antes de entrar, volvió a mirar al cielo, y un inevitable escalofrío recorrió

la espalda de Cristock. —Y menos mal que sólo es una grabación...—

El duende llamó a sus compañeros y salieron todos corriendo al exterior para mirar al cielo. De pronto la imagen se volvió negra durante un par de segundos. —Pero... ¡¡Qué pasa ahora!!— Y en seguida apareció de nuevo la caseta, pero ahora no había ningún duende merodeando; habían desaparecido todos. —¿Dónde se han metido?— Y fue entonces cuando el vídeo llegó a su fin; dejando a Cristock, como ya venía siendo habitual, con más preguntas que respuestas.

...

Volvió Cristock a reproducir la parte final del vídeo, para analizar el momento en que la imagen se vuelve negra, y comprobó que no era un fallo del propio vídeo; no era fallo informático, ni tampoco de la Lente, sino que se trataba de un objeto físico que se interpuso entre el telescopio y la caseta de los duendes. Se podía apreciar, fotograma a fotograma, cómo ese objeto entraba por la parte derecha inferior de la imagen y salía por la parte superior izquierda. También se percató, cuando ya había pasado la mancha negra, justo al final del vídeo, que unas sombras se asomaban por el interior de la caseta, lo que indicaba que, seguramente, los duendes se habrían metido dentro de su refugio durante el barrido de la sombra negra.

Trasteando en la línea de tiempo del vídeo, el azar le llevó al momento de la patada en el culo al neandertal. Repitió ese momento una y otra vez, sin poder evitar sonreír, al tiempo que se le iban cerrando los ojos...

[...]

Cristock se quedó dormido delante del ordenador y su hija Abby, que ya se ha despertado, estaba a su lado, intentando despertarlo. Son casi las ocho de la mañana y Abby le dice que le toca llevarla al colegio. El vídeo de los duendes continuaba en reproducción y Abby se quedó mirándolo. Pero su padre no se dio ninguna prisa en cerrarlo, no sólo porque acababa de despertarse, sino porque una niña de 11 años, estudiante de primaria, sólo podría pensar que se tratara de alguna película, y no de la primera grabación de seres extraterrestres de la historia.

—Abby. Vas a tener que ir tú sola al cole. Corriendo. ¡O volando...! ¿Sabes volar? Es muy fácil.— Cristock cogió a su hija en brazos y la paseó por la habitación imitando el sonido de un avión reactor mientras su hija no paraba de reírse. —¡Estamos descendiendo! ¡Descendemos! ¡Nos vamos a estrellar! ¡Tienes que propulsarte de alguna forma para coger altura!— Como si se tratara de un juego habitual entre ellos, Abby imitó el sonido, exagerado, de una ventosidad. —¡Oh, no ha sido suficiente! ¡Necesitamos más potencia!— La hija, sin dejar de reírse, exageró de nuevo el sonido de más gases, esta vez con más fuerza, para que su padre la elevase "hasta

el techo”, como ella le pedía. Padre e hija continuaron unos segundos más con su carnaval de onomatopeyas.

Llegó por fin la madre para poner un poco de orden. Se quedó sorprendida por la energía que desprendían ambos, en especial su marido, quien parecía más alegre que de costumbre. —¿Pero no decías que tu madre estaba en huelga?— Cristock dejó a Abby en el suelo y fue apagando el ordenador, sin olvidar coger su inseparable tarjeta de memoria. Abby se fue corriendo a la cocina a tomar el desayuno. —¡Eso, corre a repostar combustible! Llena el depósito.— Eleanor miró a Cristock con cara de compasión y extrañeza por no haber descansado. Para quitarle importancia al asunto, Cristock con un mero gesto le respondió que simplemente se le había acumulado el trabajo, como siempre... Y, en cierto modo, cierto era.

Eleanor comenta que prometió llevar a Abby al nuevo centro comercial después del colegio, pero que finalmente no puede, y por lo visto Cristock tampoco parece estar en condiciones. Pero él, acostumbrado a aceptar los casos más imposibles antes que los cotidianos, acaba incluso insistiendo en llevarla, a pesar de ser un asunto claramente prescindible. Sin más, se va a dormir y le pide que lo despierte veinte minutos antes de salir.

[...]

Cristock sabía que su mujer no lo llamaría tal y como él le pidió, sino que lo dejaría dormir hasta más tarde. Por eso puso la alarma y cumplió con la promesa que se había prometido a sí mismo, lo cual alegró todavía más a Abby, que ya se había resignado a quedarse en casa esa tarde.

Ya en el centro comercial, Cristock empezó a arrepentirse de su decisión... Estaba abarrotado de gente, como era de esperar; y su hija además lo llevaba precisamente a las zonas donde más gente había. Al contrario, él pretendía visitar los locales más sosegados, y por suerte acabó convenciéndola para entrar en una librería. Al menos durante una breve pausa pudo descansar un poco la cabeza de tanto ajetreo. En la librería, mientras Cristock ojeaba libros de ciencia en general, Abby ya había encontrado entretenimiento en los libros juveniles. —Ojalá se mantenga ahí quietecita un rato...— Y mientras pensaba esto, miró hacia la sección juvenil y ya no estaba allí.

Apareció de pronto Abby por su espalda; había cogido un libro para enseñárselo a su padre, y ahí estaba, a su lado, mostrándole una portada donde aparecía el dibujo de unos duendes con gran parecido a los seres de Tierra 2. Le dijo, en su habitual tono elevado, que eran como los de la película que estaba viendo. Cristock se quedó bastante abochornado; no creyó que fuera a recordar aquella imagen que vio fugazmente, o al menos no con tanto detalle. Con seguridad había la niña heredado la memoria fotográfica de su padre, cosa que le habría alegrado mucho a

Cristock en cualquier otro momento, pero en ese instante no le hacía ninguna gracia...

—Sí, son parecidos.— Con una seca respuesta y desviando su mirada de nuevo a los libros de ciencia, Cristock pretendía hacerle olvidar el asunto a Abby, pero ella siguió insistiendo. La niña remarcó la diferencia con los duendes del vídeo de su padre, que tenían el pelo hacia arriba. Preguntó como hacían para sostener su pelo en vertical. —Usan mucha gomina—, dice el padre. Abby colocó su cabeza hacia abajo casi a la altura de las piernas para dejar caer su pelo hacia el suelo, imitando así la rigidez del pelo rojo de los extraños seres de Tierra 2. Cristock, visto el interés de su hija en el tema, le cogió el libro y le preguntó si lo quería, intentando así zanjar el tema de una vez por todas. Ella dijo que es para niños y salió enfadada de la librería dejando a Cristock con el libro en las manos, mirándose, el uno al otro; otra vez...

...

Tras una larga, muy larga, tarde en el centro comercial, Cristock dejó a su hija en casa y se dirigió como cada noche al observatorio. Los técnicos ya habían solucionado el problema que Cristock había ocasionado a la Lente durante la visita de Franklin, y ya había estado usándose durante las horas previas al turno de Cristock. Volvió por fin a la tranquilidad de su asiento, y a la seguridad de su whisky en petaca, frente a la enorme pantalla de su Lente Espía, su gran compañera nocturna. En el relax del momento, se puso a pensar en su familia, en el poco tiempo que pasaba con ellas debido a su trabajo y sobre todo desde que empezó todo este-

[iiiBOOM!!!]

—iiPero qué ha sido eso!!— Nada más centrar la imagen en Tierra 2, una espantosa explosión en el planeta había hecho brillar toda la pantalla hasta dejarla totalmente blanca por unos segundos. Luego, a medida que el brillo se desvanecía, se podía ver con precisión de dónde había surgido el estallido, o lo que fuera que fuese. No perdió Cristock ni un segundo para acercarse a ese punto. Le venía a la mente, mientras tanto, aquella explosión que tanto le llamó la atención al principio, y que era en realidad el germen que dio pie a toda esta investigación. Ahora tenía la oportunidad de descubrir de qué se trataba aquello. —¿Tendrán algo que ver los pequeños duendes con esto?—

El zoom del telescopio se acercó más y más hacia el epicentro de la explosión, sin embargo no se apreciaba todavía ningún síntoma de ella... Toda la arboleda permanecía intacta. Ya se ha acercado hasta abarcar tan sólo unos pocos kilómetros de diámetro, pero seguía sin haber ningún signo de la supuesta bomba. Una explosión de esa magnitud habría pulverizado muchas veces el espacio que Cristock estaba viendo en pantalla; de hecho en este instante no podría ver más que una montaña

de humo, pero no, la imagen era cristalina como de costumbre, y la vegetación irradiaba más vida que nunca si cabe. Puede que el centro de la explosión no estuviera exactamente en el encuadre actual, pero desde luego caminaría muy cerca y los restos de semejante cataclismo se habrían hecho ver incluso si Cristock no hubiera encuadrado nada bien la imagen.

[iiiBOOM!!!]

Otra oportuna pero inesperada explosión sobresaltó a Cristock, que estaba profundamente concentrado buscando el punto de impacto. Se hubiera quedado ciego con soberano derroche de luz, de no ser porque, evidentemente, un monitor no puede mostrar más que una simple pantalla en blanco, por mucha luz que reciba del exterior. Ciertamente este nuevo estallido le sirvió para localizar ese centro que buscaba, y apresuradamente aprovechó la progresiva caída de luz de la explosión para localizarlo. Casi había acertado con el encuadre, pues poco más arriba se vislumbraba el menguante punto de luz. Cristock acercó la Lente todo lo posible hasta ese punto brillante y esperó a que se apagase por completo.

...

—¿Qué será esta cosa? ¿Y por qué explota con demenciales bombas de luz sin emitir calor alguno?— En efecto, nada había sido pulverizado, lo cual era muy extraño. A juzgar por las explosiones, sólo un enorme cráter de varios cientos de kilómetros tendría sentido en esto. —Aquí está...— Ya se podía ver el núcleo y enigma de la explosión. —Bueno, pero... ¡Pero esto qué es! ¡Pero esto qué es!!— Y nada especialmente exasperante apareció en pantalla; tan sólo una estructura metálica, de lo más parecida a cualquiera de las construcciones humanas, como el esqueleto metálico de un edificio inacabado. Pero, entonces, ¿qué es lo que tanto crispaba a Cristock?

Los científicos muchas veces no buscan encontrar una respuesta a un problema concreto, sino que adjudican de antemano una respuesta a un problema cualquiera, y luego buscan encajar esa respuesta en la pregunta asignada. Es decir, en este caso Cristock tenía en mente su respuesta particular al problema de la explosión, pero se topó con una respuesta "equivocada".

—¡Esto no tiene sentido! ¡Debería estar presenciando la devastación de una abominable explosión, en forma de gigantesco cráter! Y me encuentro con... esto?— Una decepción para el pobre Cristock, al menos de momento, pues quién sabe qué podría significar toda esa estructura, origen de la explosión de luz. No obstante el ansia de Cristock por contemplar un cráter como resultado de la bomba, se debía a que podría servirle de prueba para demostrarse a sí mismo que Tierra 2 no era otra

cosa que Tierra 1, su Tierra; que se trataba del mismo planeta y no de dos astros distintos. Con el cráter ubicado en una zona concreta de Tierra 2, Cristock podría compararlo con su propio planeta y comprobar si existen evidencias de algún supuesto impacto de meteorito en la equivalente coordenada terrestre.

Y, pensando en esto, una idea le vino a la cabeza. Miró hacia una de las muchas pantallas que le rodeaban, una que siempre había estado apagada, y se dispuso a planear una de sus travesuras científicas. Nada realmente concluyente ni resolutivo para sus muchas dudas, tan sólo una ociosidad en un momento como éste pero... sin duda muy pero que muy divertido.

...

Le ardía la sangre sólo de pensarlo, así que no perdió ni un segundo más. Encendió esa misteriosa pantalla y tecleó en su respectivo teclado durante un rato. Y de pronto apareció la imagen de la Tierra, Tierra 1, a vista de satélite.

La Lente Espía dispone, entre otros muchos privilegios, de la posibilidad de utilizar una red de satélites que vigilan la Tierra desde el espacio. No sólo el observatorio de la F.E.G. tiene acceso a ellos, pero dichos satélites tienen la peculiaridad de poder ser utilizados por distintas organizaciones al mismo tiempo.

El porqué de esta imagen desde el espacio se debe a que, de esta manera, Cristock podrá hacer una comparativa de ambos planetas. Y eso mismo es lo que se dispone a hacer ahora mismo. Encuadró con la vista satelital en el mismo punto que lo hizo su Telescopio, haciendo coincidir las coordenadas de Tierra 2 con las de Tierra 1, cosa totalmente posible ya que ambos planetas son casi idénticos (tan sólo se distinguen por la glaciación que impera en el planeta de los duendes). Comprobó entonces que en el lugar de la explosión correspondiente en Tierra 1, había una ciudad, se trata de Lampy-dae: ultramoderna metrópoli en el antiguo Congo de África. Todavía era de noche en la ciudad, pero la ingente cantidad de luz artificial en la misma le permitía a Cristock observarla con perfecto detalle.

Era curioso... Justo en las mismas coordenadas que en Tierra 2, Lampy-dae albergaba un moderno edificio de caprichoso parecido a los enormes "andamios" de su planeta gemelo, si bien todo lo demás no tiene nada que ver.

Con todo esto, se había olvidado Cristock de su principal objetivo desde que empezó su turno esa noche: las misteriosas explosiones de luz. Se puso manos a la obra; navegó por los alrededores del gran Andamio en busca de... algo. La zona circundante estaba casi desértica, a excepción

de algunas sencillas construcciones, parecidas (o al menos eso le pareció a Cristock) a la caseta de los duendes. —Sin duda se trata de ellos otra vez...— Y al pensar esto, justo en el momento de pensarlo, aparecieron algunos duendes saliendo del interior de una de las construcciones. Eran unos veinte, corriendo todos hacia el Andamio, a pasos muy cortos y con esos trajes futuristas de ciencia ficción barata que no podían dejar de causarle cierta simpatía a Cristock.

Al llegar al gigante metálico, cada uno de ellos se dedicó a un trabajo concreto claramente predeterminado. Algunos se introdujeron bajo tierra por unas puertecitas situadas en el centro del Andamio, en el suelo. Otros se subieron por las vigas que forman el esqueleto y parecían inspeccionar dicha estructura con mucho detalle y con bastante "efusividad". Lo cierto es que eran seres muy extraños en su forma de moverse; parecía que estuvieran siempre actuando, sobreactuando, en una obra de teatro infantil.

—¡El suelo se está abriendo!— Y de su interior emergió otra construcción típica de los duendes, con techumbre acristalado y paredes que apenas podía ver debido a la constante vista cenital. Dicho tejado presentaba la peculiaridad de ser circular y no cuadrado o rectangular como los demás. —No... No es un tejado.— Tenía forma cónica, como una bala. —Es un misil. ¡Es un misil! Eso explica las explosiones. ¡Eso lo explica todo! O al menos todo por ahora...!— La emoción de Cristock y su empeño en descubrir lo que se empeña en descubrir... y nada más, le cegaba momentáneamente impidiéndole ver la realidad, la cual era más evidente, y sobre todo mucho más atractiva.

Cuando el "misil" alcanzó cierta altura, hasta encajar totalmente dentro del esqueleto metálico, los duendes que estaban subidos a la vigas del esqueleto innovaron unos movimientos todavía más exagerados que antes y finalmente se bajaron y marcharon corriendo todos de nuevo a sus casetas. Parecía mentira que estos personajillos de movimientos tan patosos pudieran ser los responsables de semejantes construcciones que, al menos en apariencia, superaban abismalmente la tecnología del humano actual.

Esa cosa saldría volando por los aires y haría explosión en algún momento, según las expectativas de Cristock, y por eso decidió acertadamente grabar el momento, no fuera a ser que un pestañeo le arruinase unas milésimas de segundo cruciales del suceso.

REC.

Y pocos segundos después, el proyectil explotó y la imagen se tornó blanca, como era de esperar. Fueron tres segundos de luz máxima y unos siete segundos de disminución hasta que ya se empezó a apreciar de nuevo la forma del Andamio, ya sin el proyectil en su interior, el cual

parecía haber desaparecido por arte de magia. Cabe mencionar que estos diez segundos los pasó Cristock sin coger aire alguno, a pesar de que el corazón le pedía, ahora más que nunca, oxígeno a gritos.

...

El medio de grabación del que disponía este observatorio era, como no podía ser de otro modo, el más avanzado que existía. Se trataba de un sistema que denominaban Grabación Bioquímica, o sea biotecnología, también usada en otros apartados de la Lente Espía. Estas grabaciones permitían al astrónomo manejar a su antojo casi todos los aspectos de un vídeo que había sido grabado previamente; aspectos tales como la cantidad de luz, la redimensión sin interpolación o el control de la velocidad de imágenes por segundo.

Por tanto, reprodujo Cristock el vídeo que acababa de grabar y redujo la luminosidad hasta casi el máximo de sus posibilidades (irealmente no termina de poner al límite todas las capacidades de su Telescopio!). Comprobó por fin lo que era indudable: No se trataba de un misil ni de ningún arma explosiva, sino de un cohete. La explosión de luz provenía del propio Cohete, que, debido a la enorme velocidad alcanzada, se producía una acumulación de luz. Igual que sucede con las explosiones sonoras, donde un objeto ruidoso superando la barrera del sonido produce estallidos, que no es más que el ruido del propio objeto auto multiplicado gracias a (o por culpa de) su gran velocidad. Lo mismo ocurre con la luz; los cuerpos que alcanzan velocidades cercanas a las de la luz se delatan por una acumulación constante de cualquier emisión luminosa que pueda surgir del cuerpo en cuestión. —Pero... Será posible que estos... enanos, sean capaces de viajar a semejantes velocidades?—

Tecnicismos aparte, nos centramos en lo que Cristock pudo observar una vez ajustada la luz, y es lo siguiente: El Cohete de los duendes salió propulsado hacia el espacio, en perpendicular. Durante los primeros dos o tres segundos, se apreciaba bien su definición; luego empezó a desenfocarse hasta diez segundos más tarde que acabó desapareciendo por completo. Por desgracia, el desenfoco es uno de los aspectos fotográficos que no podía corregir la Grabación Bioquímica. No obstante, el tiempo que permaneció enfocado, le bastó a Cristock para percibir, con vista de águila, que el Cohete se había hecho más grande; casi imperceptiblemente, pero perceptible al fin y al cabo, lo que era un síntoma de su exageradísima velocidad. Y esta diferencia de tamaños, junto con los datos del desenfoco, eran más que suficientes para que el ordenador pudiera calcular la velocidad de la nave. Doscientos treinta y un mil quinientos sesenta y cuatro (231.564) kilómetros por segundo, es decir un 77% la velocidad de la luz.

La dirección de la Nave apuntaba hacia Tierra 1 con un ángulo de inclinación de cero con ocho grados. Esto despertó aún más la curiosidad

de Cristock, como era de esperar, y se dispuso a calcular el destino de dicha Nave espacial. Descubrió que se dirigía hacia una estrella situada a tan sólo... —Un momento.—

Cristock se paró de repente y empezó a gesticular de forma algo esquizoide. Murmuró muy por lo bajo mientras movía sus manos con tan poca claridad como sus palabras y como queriendo representar algo en un espacio imaginario ante su cara. Entonces se lanzó sobre los mandos de la computadora y confirmó lo que se estaba temiendo: La Tierra, Tierra 1, su Tierra, se cruzará justo con la trayectoria del Cohete dentro de cinco mil años. Pero no sólo se topará con su trayectoria, sino que impactarán; coincidirán ambos cuerpos en un mismo punto en un mismo instante. —Según este ordenador, los duendes están viajando desde Tierra 2 hacia Tierra 1. Si así es, se trata pues de dos planetas distintos y no del mismo como imaginaba...— O como a Cristock le gustaría imaginarse.

Es bien sabido que los científicos investigadores, como artistas que son, desean siempre la respuesta más extravagante, por imposible que parezca, y van a por ella cueste lo que cueste. Pero a veces la respuesta se les resiste sobremanera como en este caso a nuestro amigo Cristock Earl.

...

—Necesito un trago.— Ya estaba tardando Cristock en darle uso a su petaca de whisky. Y sin saber qué hacer, se quedó largo tiempo pensativo, mirando para las dos grandes pantallas. Una con la imagen del Telescopio, o sea Tierra 2, y aquel andamio de proporciones bíblicas, con duendes corriendo de lado a otro, siempre con prisas. La otra pantalla con vista de satélite, o sea la Tierra (1), y sus modernos edificios de Lampy-dae, ultra iluminados en plena noche, y separados entre sí por matemáticos carriles con vehículos circulando sin descanso. Las dos imágenes mostrando lo que Cristock suponía eran la misma porción de tierra pero en distintos momentos, distintas épocas. Pero ahora... —No tiene sentido. Bueno, nada de esto ha tenido nunca ningún sentido. ¡Es una locura! Ni pies ni cabeza...—

En realidad, el hecho de que el Cohete haya salido disparado en dirección a la Tierra, no excluye la posibilidad de que se trate de un mismo planeta. Recordando la teoría de Cristock, y si fuera cierta, la repetición del planeta Tierra en lo que llamamos Tierra 2 no sería más que un reflejo, un espejo enorme situado a 22 mil años luz. En este caso, por tanto, lo que Cristock habría visto no es más que el Cohete despegando de su propio planeta, hace 44 mil años, y en dirección al supuesto espejo.

Pero este viejo planteamiento ya carecía de interés para Cristock. Ahora la idea de una invasión alienígena se le presentaba en su cabeza como una bomba que arrasaría con todo pensamiento anterior. Además esta nueva

motivación le hacía plantearse cuestiones que antes no barajaba, o no quería barajar. Pero sobre todo había una pregunta que sobresalía: —¿Cómo es posible que la raza humana, en todos estos siglos, milenios!, no haya descubierto ni rastro de esos duendes ni de sus construcciones por todo el planeta? Es imposible que hayan desaparecido sin dejar huella, lo que descarta totalmente la posibilidad de tratarse de un mismo planeta...—

Dicho (pensado) esto, Cristock echó mano de nuevo a su desgastada petaca y bebió otro "poco" de whisky. —¡Agua de vida!— Desde que empezó toda esta historia de Tierra 2, Cristock había incrementado la afición a su querido aguardiente irlandés. Esto era así porque se sentía cada vez más vigilado. Su manía persecutoria estaba alcanzando el límite de la cordura. Todo sería más fácil si dejase a un lado su orgullo y aparcara ese afán de secretismo que le estaba volviendo loco.

...

Todavía quedaba noche por delante. Por primera vez el tiempo no parecía echársele encima a Cristock, así que intentó concentrarse más en el trabajo físico y no tanto en las conclusiones filosóficas, como solía antojársele. Era muy preferible sacarle el máximo provecho al Telescopio durante el tiempo que le era permitido, y ya cavilaría luego, en sus horas muertas, sobre estos porqués, cuándo y dónde...

Así que, sin más preámbulos, se puso manos a la obra. Activó el Sistema de Anclaje de Movimiento (SAM) lo que hacía coincidir los movimientos de la Lente sobre Tierra 2 con los del satélite sobre su Tierra. De esta forma, automáticamente, todo lo que fuera viendo en el planeta alienígena, incluidos los desplazamientos de cámara, lo podría comparar con el suyo propio en tiempo real. Lo puso en práctica viajando largas distancias sobre Tierra 2. Barridos enormes de un lado a otro del planeta; de ambos planetas. El sistema de copiado funcionaba perfectamente.

—A ver, por ejemplo... New York.— Situó el punto de mira del Telescopio en el supuesto New York de hace 44.000 años, y la red de satélites hizo lo mismo exactamente al mismo tiempo. Este último mostró por supuesto el New York actual; una de las ciudades más pobladas del mundo y, a excepción del Central Park, todo un aglomerado de edificios y personas. Lo contrario ocurría, como era de esperar, en la imagen del Telescopio, ya que aquí sólo había vegetación; ni rastro de los Duendes.

Probó de esta manera con algunas de las más importantes ciudades del mundo: Tokio, Paris, Neo Reikiavik, Sídney, Hong Kong, Montreal, Río de Janeiro,... En ninguna de ellas encontró nada interesante en su equivalente Tierra 2, tan sólo nieve y/o vegetación. Decidió pues tomar un

punto de forma arbitraria. —¡A voleo!—

Escribió coordenadas en el programa de la Lente; lo hizo sin mirar el teclado y presionó Enter como si la cosa no fuera con él... Había sido cosa del destino y de ello dependería lo que ocurriera a continuación.

—Parece que nos vamos a Europa. ¿O debería llamarla Eurasia...? Siempre tuve esa duda. ... Vaya, se está deteniendo y diría que va a parar en.....— Cristock se acercó a la pantalla. El paneo del Telescopio (y del satélite) atravesó todo el Océano Atlántico en dirección a Europa, pero parecía que se iba a detener en el mar sin llegar a pisar tierra. Cristock se acercó más a la pantalla y, con su mano, intentó acelerar el movimiento del paneo. Le echó imaginación moviendo la mano a modo de abanico y continuó, todavía más exagerado, soplando desde un lateral de la pantalla. La situación resultaba de un infantilismo tal que él mismo soltó alguna carcajada durante la operación, no sin continuar lanzando una tímida mirada a su alrededor, fruto de su todavía latente manía persecutoria.

El rápido barrido se transformó en lento paneo hasta por fin detenerse del todo. —¿...?— Cristock no estaba seguro de si había parado en mar o en tierra pues había coincidido justo en la costa española. Pero a esta distancia no estaba claro así que acercó el cuadro hasta el doble de aumento. Ahora sí estaba claro, y había habido suerte... —¡Tierra a la vista!— Mas por desgracia no había encontrado nada nuevo sino otro bosque nevado.

Por curiosidad miró en la pantalla de la red satelital, para ver el equivalente en la época actual. El ordenador indicaba tratarse de Carril, una pequeña ciudad de Galicia, comunidad de España. A simple vista parecía otra ciudad vacacional más, típica del país de Cervantes, con sus modernos edificios en primera línea de playa. Seguramente un antiguo pueblecito pesquero venido a "más" por la demanda de la superpoblación. —Ya no existen parajes como los de antes... Y no me refiero a las siempre artificiales reconstrucciones turísticas de cartón piedra. Qué hay de esos barquitos de madera, esas casitas de paja... Ahora todo es de metal, y frío, como este tren, que nada tiene que ver con los chucuchús de antes. ... ¡Pi-piii!— Cristock estaba especialmente alegre (ebrio) esa noche. Se entretuvo persiguiendo ese tren que acababa de localizar desde la pantalla del satélite. Conectó un programa de seguimiento en la imagen satelital, lo que le permitía soltar las manos de los teclados y dejar que el ordenador siguiera el desplazamiento del tren automáticamente; y por supuesto el mismo movimiento se repetía también en Tierra 2. El constante y suave movimiento del tren en plano cenital se hacía de lo más relajante, y a Cristock se le cerraban los ojos poco a poco...

...

—Zzz...— El tren seguía su curso y la pantalla del satélite artificial mostraba su recorrido. Lo mismo, por tanto, ocurría en la imagen de Tierra 2, aunque sin ningún tren en pantalla; tan sólo un constante paneo con suaves curvas sobre el bosque nevado de la España pleistocena.

Cristock abrió los ojos vagamente. Observó de nuevo el movimiento hipnotizante del tren, y de nuevo estuvo a punto de dormirse. En ese instante algo apareció en la pantalla de Tierra 2 y Cristock se apresuró a detener el programa de seguimiento automático de la imagen satelital, y por consiguiente la del Telescopio. Retrocedió un poco, hasta donde le pareció haber visto algo extraño. Era difícil ubicarse entre un montón de árboles sobre la nieve, como si de trocitos de pan nadando en leche se tratase. Pero aún así, a ojo, colocó el encuadre en el lugar que consideró acertado, y vaya si lo era. —¡Bingo! ¡Ahí está! lo que sea que sea...—

En el suelo nevado del bosque había movimiento, así que Cristock se apresuró en hacer zoom hasta ese punto. Como siempre, la imagen del satélite hizo lo mismo ya que el SAM actúa también sobre esta condicionante, y en su pantalla no se veía otra cosa que la vía del tren, solitaria, cruzando la pantalla en diagonal, con sus dos largos carriles metálicos y las respectivas traviesas de madera que los entrecruzan. Desde luego un cuadro que cualquier fotógrafo minimalista sabría apreciar. Pero Cristock no era fotógrafo, y menos aún minimalista, por lo que su atención se centró, por suerte, en la imagen de Tierra 2. En Tierra 2, y ya con el zoom terminado, se distinguían dos individuos, dos neandertales.

—¿Pero qué hacen estos dos? Aquí. Solos.— A Cristock le extrañaba porque sólo los había visto en grupo, cazando. Pero estos dos no estaban de caza; Cristock casi se ruboriza al comprobar que estaban copulando. —Menuda forma de copular, desde luego estos neandertales lo hacen todo a lo bestia.— Se quedó un rato observándolos. Se sentía un poco incómodo... —Es como estar viendo la primera película pornográfica de la humanidad.— Se empezó a dar cuenta que en realidad los impúdicos movimientos de la pareja no se alejaban mucho, o nada, del acto sexual realizado por sus contemporáneos. —En el fondo todos somos unos neandertales. Sólo que nos pasamos el día disimulándolo.— Reflexionó Cristock sobre estas cuestiones en las que nunca había meditado. Pero de pronto los dos neandertales se asustaron, como lo harían dos ciervos en medio del bosque, y salieron corriendo. Le fastidiaron a Cristock su momento filosófico, pero no tenía importancia, ya tendría tiempo de volver a esa reflexión.....

Ahora tenía algo más importante entre manos, y es que en el mismo lugar de la cópula, sin tener si quieres que mover el encuadre, aparecieron en escena otros dos personajes: esta vez un neandertal y un duende. El

duende llevaba al neandertal enganchado por una de esas correas electrizantes. El neandertal estaba ahora a cuatro patas; cualquier otro que viese esta escena de repente, y a simple vista, diría que se trataba de un hombre paseando a su perro, si bien un perro muy problemático. Los tirones que el neandertal estaba dando a la correa hacían que el duende tuviera que ceder a sus movimientos. Parecía que el calambrazo en el cuello no estaba funcionando esta vez.

—¡Diablos!— La fuerza del neandertal era enorme. Estaba arrastrando consigo al duende, que casi parecía esquiar por el bosque. Ya no era ésta la escena de un hombre paseando a su perro sino la de un perro esquimal tirando del trineo de su dueño a toda velocidad. El duende era muy persistente... A pesar del dolor y rasguños que, seguro, estaría sufriendo, no soltaba la correa bajo ninguna circunstancia. Por fin un pequeño giro en la carrera del neandertal, hace que la correa se cruce con el tronco de un árbol; duende por un lado y neandertal por el otro. La cuerda se rompió con brusquedad, incluso algunas chispas surgían de la rotura. Ambos cayeron al suelo, pero el duende se levantó rápidamente; el neandertal en cambio se retorció entre las hierbas y la nieve del bosque. Manteniendo siempre cierta distancia, el duende se acercó al homínido, quien agarró su grueso cuello con las manos. Debía haber sufrido un fuerte golpe en la garganta a causa de la correa, pero se trataba de una especie muy fuerte, así que no tardó en ponerse de nuevo en pie. Todavía aturdido, el neandertal se plantó frente al duende; éste intentó coger algo de algún bolsillo o peto de su extraño atuendo. El neandertal lo observó como extrañado. —Diría que acaba de inclinar la cabeza como un perro curioso...—

Cierta violencia en los gestos del duende es lo que seguramente haya avivado los instintos agresivos del neandertal, así que cuando su adversario consiguió sacar ese aparato del interior de su traje, el neandertal reaccionó golpeándolo en el pecho. El duende cayó al suelo pero todavía tenía el aparato en su mano, por lo que el neandertal corrió hacia él y se lo intentó quitar de las manos. Al hacerlo, durante ese breve forcejeo, tuvo lugar otro chispazo, esta vez más fuerte, y esa especie de pistola electrizante salió volando por los aires. El duende corrió hacia ella pero el neandertal fue tras él y lo agarró por la espalda con los dos brazos. —El abrazo del oso... Por Dios, si no lo suelta lo matará de asfixia.— Pero el neandertal no lo soltó a pesar de los rápidos movimientos del duende, casi espasmos a juzgar por su viveza. —En verdad se mueve con rapidez, más de lo que lo haría un ser humano de ese tamaño, yo creo... O quizás se trate de movimientos que sólo ocurren en momentos de máximo terror...¿? Como una madre que levanta un coche para salvar a su bebé de la muerte. Aunque esto nunca he llegado a creérmelo...—

De pronto un tren invadió la pantalla de Tierra 1. A pesar de no tener sonido, la repentina y estroboscópica imagen del tren provocó a Cristock

un ligero sobresalto. Locomotora y corazón de Cristock iban ahora a la par. Mientras, en Tierra 2, el neandertal continuaba abrazando al duende, constriñéndolo como una serpiente. Ya el duende había dejado de moverse, y el neandertal lo dejó caer al suelo. El tren en Tierra 1 desaparece de pantalla en ese momento, haciendo así más simbiótica si cabe la relación entre ambas pantallas.

El duende yacía en el suelo boca abajo. El neandertal lo golpeó ligeramente con el pie y le dio la vuelta para verle la cara. Ahora Cristock podía por fin verle el rostro al duende con detalle. El neandertal se movió a por la pistola, dejando al duende ahí tirado, mirando al cielo, y por tanto a Cristock. Duende y Cristock se miraron a la cara; ambos estaban a 22 mil años luz de distancia y de tiempo, pero por un momento estaban ellos dos solos en la galaxia...

Amplió digitalmente la imagen del rostro del duende hasta ocupar toda la pantalla. El aumento era tan pronunciado que ni la tecnología de la Lente con sus avances en interpolación podían hacer nada con ese garabato de píxeles que Cristock observaba de forma compulsiva. Se arrimó a la pantalla todo lo cerca que su vista le permitía, girando la cabeza hasta hacerla coincidir longitudinalmente con la del duende, que, a pesar del grotesco pixelado, se apreciaba bien cómo reposaba con los ojos abiertos. Estaba tan metido en su descubrimiento que necesitaba sentir lo más cerca posible a los protagonistas de SU historia. También era verdad que el alcohol que circula en estos momentos por su cuerpo le hacía concentrarse en su trabajo hasta el desbordamiento.

—i...!— El rostro del duende acababa de pestañear. No estaba muerto al parecer. Cristock se apresuró en alejar el encuadre y cubrir de nuevo la zona del bosque donde había ocurrido la pelea. El neandertal estaba inspeccionando la pistola, hasta cuanto sus limitados conocimientos se lo permitían. Al comprobar que no se trataba de un palo ni de una piedra, la dejó en el suelo y volvió a junto el duende. Nada más estar el uno junto al otro, el duende, que se hacía el muerto, agarró de pronto una pierna del homínido y éste reaccionó intentando escapar; pero no podía. El neandertal tenía mucha más fuerza que el duende, pero algo había hecho reacción en la pierna del neandertal que no le dejaba moverse con normalidad. Cojeaba, pero el duende no le soltaba por muchos zarandeos que estuviera recibiendo. —iNo podrá aguantar eternamente!—

Pero todo tenía que llegar a su fin. El neandertal consiguió liberarse del cepo viviente y éste salió despedido, rodando unos metros por el suelo. El neandertal, sin perder ni un segundo, se dirigió, cojeando, hacia el duende, quien intentó escapar boca abajo arrastrándose por el suelo. El neandertal lo alcanzó inmediatamente y, con la pierna sana, aplastó de un pisotón la frágil espalda de su enemigo. Con un sólo golpe el duende dejó de moverse, pero el neandertal le propinó otro, otro y otro, haciendo gala de una frialdad animal. Continuó con sus aplastamientos hasta que se

quedó sin fuerzas y paró un rato para coger aire. Mientras tanto caminó alrededor de su cadáver, sin dejar de observarlo. Una vez recuperadas las fuerzas, cosa que ocurrió sorprendentemente rápido, volvió a la carga; esta vez le pisoteó la cabeza una y otra vez sin descanso... La macabra imagen hacía que Cristock dejase de mirar la pantalla durante unos segundos que consideraba al fin y al cabo escasos de información, y esta reacción en un científico como él es algo verdaderamente insólito.

De nuevo el tren pasó por la pantalla de Tierra 1 y Cristock de nuevo se sobresaltó. El neandertal siguió golpeando con el pie en Tierra 2 mientras el tren barría la pantalla de Tierra 1. Pisoteaba también su cabeza, pero ésta no cedía, era dura incluso para la fuerza de este hombre-animal. Finalmente cogió una enorme roca y la dejó caer sobre la cabeza del duende. Unos minutos después, el neandertal se marchó dejando atrás lo que para él también habría sido su mayor pesadilla. Cristock se quedó con el duende. Contempló el cuerpo muerto y desangrado de este personajillo. —Sangre roja... ¿Por qué será que me imaginaba un líquido verde viscoso? Cómo es posible que sea tan iluso...¿? Esas películas de serie B me están comiendo la cabeza.— El dorso del duende estaba totalmente destrozado, pero la cabeza no parecía haber sufrido tanto como Cristock esperaba, tan sólo una brecha causada por alguna arista del monumental pedrusco lanzado por el homínido.

Igual que el neandertal, el tren desapareció de la pantalla. Ya con un sueño capital, Cristock reprodujo vagamente y de forma degradada el sonido que haría el tren en la lejanía. —Chucuchú, chucuchú, chucuchú, ...— Y así se quedó unos segundos más, rosmando y mirando la pantalla de Tierra 1, luego la de Tierra 2, luego Tierra 1, luego Tierra 2, Tierra 1, Tierra 2, Tierra 1... —¡Eureka!!—

A toda prisa, Cristock finalizó todos los procesos de la Lente Espía y salió corriendo hacia su coche. Cuando llegó a casa se encontró a su mujer e hija desayunando en la cocina. —¿Qué hacéis despiertas tan temprano?— Preguntó Cristock respirando como un atleta; un atleta con traje y corbata. La madre respondió que se iban a la piscina, antes del colegio, como todos los jueves. A Cristock le importaba tan poco lo que le estaba diciendo, que le cortó para darle la gran noticia: —Bueno... ¡Nos vamos de viaje!— ... Eleanor preguntó, con una suspicaz sonrisa en la cara, que a dónde. Cristock hizo un extrañísimo movimiento de baile y, con despampanante energía, dio un par de taconazos en el suelo con las manos en alto. —¡A España!— Abby y Eleanor se quedaron como estaban, ambas con la misma incrédula sonrisa, así que Cristock sentenció la escena con un —¡Olé!—

.....

LA LENTE ESPÍA

Capítulo 4

—¡Bla, bla, bla, bla...! Estamos de vacaciones. ¿¡Qué más quieres?!— En un abrir y cerrar de ojos, la familia Earl ya estaba en España, en la ciudad gallega de Carril para ser exactos. Había sido todo muy rápido, sin preparación, sin explicaciones... Pero Eleanor no estaba convencida con las escuetas respuestas de Cristock cuando le preguntaba sobre su proyecto en España. Él le quitaba hierro al asunto constantemente, pero a su mujer no le cuadraba esa indiferencia con el arrojo que mostraba por el viaje en sí.

Cristock cometió el error de dejarse llevar por su ilusión de descubrir si Tierra 1 y Tierra 2 eran la misma Tierra, pero a Eleanor tan sólo le comentaba que iba a realizar un rutinario trabajo de geología. Que pretendía descubrir el parecido de nuestro planeta con el de otros en sistemas solares afines. —Ya sabes que no me gusta hablar de cosas que aún no tengo claras, ieso es todo! Esto no es más que una excusa para irnos de viaje. ¡Eso es lo que me hace ilusión!— Y Cristock sonríe; su boca sonríe, pero sus ojos no.

Los tres extranjeros se hospedaron en una casa rural a las afueras de Carril. A pesar de la desconfianza que produciría, Cristock no pudo esperar ni una hora más para salir a realizar sus "trabajos geológicos". Dejó a Eleanor y a Abby descansando en el paradisiaco hospedaje. —Tengo una cita con un ingeniero geólogo local. Luego nos vemos.— Se dirigió a la estación de tren, pero evidentemente no había quedado con nadie más que con sus cada vez más obsesivos pensamientos.

Una vez allí, se dispuso a caminar tras esa estela metálica que son los antiguos raíles del tren. Armado con un GPS, recorrió un largo trecho que se le hizo interminable aún a pesar de lo relajante del paisaje. Las pisadas de los zapatos de Cristock en contacto con la arena colindante a las vías del tren, se hacían cada vez más redundantes hasta el punto de no ser escuchadas. Acompañando a éstas: los pitidos de su aparato GPS, muy parecidos al SONAR de los submarinos, que eran intermitentes y espaciados, lo que ayudaban a convertir la caminata en todo un sedante anti estrés. —Ojalá mis tranquilizantes hubieran funcionado igual de bien en el vuelo...— Se trataba ésta de una vía muy antigua, casi en desuso, y por tanto muy poco frecuentada; apenas un escandaloso tren había interrumpido la soledad de este desierto gallego en las dos horas que

Cristock llevaba caminando.

El GPS emitía ahora pitidos más continuados. —Ya estamos cerca.— Llegó al punto exacto según las coordenadas exportadas de la imagen satelital, en relación directa con la imagen de Tierra 2. Un metro cuadrado situado justo en medio de los raíles. —Será posible que bajo esta superficie se encuentre el mayor misterio de la humanidad... ¿?— Antes de lanzarse a escarbar en la tierra, se paró un instante a reflexionar, cual niño que observa su helado antes de hincarle el diente, como concienciándose de que es real... Por fin se acercó al metro cuadrado y empezó a rascar el suelo con el zapato. Cuando se cansó de no ver nada interesante, se agachó y hurgó poco a poco con una piedra. Poco después se emocionó y ya estaba excavando un pequeño agujero entre las traviesas de madera.

Ya habían pasado más de dos horas desde que pasara el anterior tren, y ahora Cristock escuchaba y sentía las vibraciones de un nuevo tren acercándose. Antes de verlo aparecer por la curva, se escondió tras un arbusto. De esta forma evitaba posibles especulaciones que acabaran arruinando su secreta investigación; pues un hombre haciendo hoyos en las vías del tren, o tan sólo caminando por ellas, tan lejos de la civilización, no sería más que una diana para los cotilleos de conductores y pasajeros en la locomotora.

Terminado el ajetreo, Cristock volvió a la carga. Cogió una pequeña tabla de madera que estaba tirada cerca del arbusto. Parecía una pala hecha a medida, perfecta; o casi... La apoyó en la vía y le partió un trozo, para hacerla más manejable. —Ahora sí es perfecta.— Excavó con más velocidad y más cómodamente, hasta que se cansó y tuvo que dejarlo. —Parece que se está poniendo el Sol.— En realidad todavía quedaban horas de luz, pero el cansancio le intimaba a mentalizarse de que era ya muy tarde, para no decepcionarse a sí mismo de su poca deportividad.

Con la luz de la tarde, a Cristock le pareció ver la forma del rostro cadáver de un duende en el agujero. —Será un espejismo...— Tiró la tabla al suelo, bien lejos del hoyo y se volvió a girar hacia el agujero. —¿O será real...?— Se acercó lentamente al agujero, se agachó levemente para verlo mejor. La luz rojiza del atardecer le daba un aspecto aterrador a lo que parecía ser... —Nada, una ilusión.—

...

De camino a la estación, Cristock pensaba en voz alta. —¿Por qué no habré traído una pala...? Menudo científico de pacotilla.— Las tripas le hacían ruido. —Y algo de comer. Tengo que traer un bocata y bebida. Qué más...— Se notaba cansado aún a pesar de no haber hecho gran cosa. —¿Y qué voy a hacer con los huesos en cuanto los encuentre? Necesito

una bolsa también. Más bien grande, o una mochila quizás.—

Ya ve la estación a lo lejos. —Por fin... Mañana tengo que venir más temprano. ... Igual me paso todo el día buscando y no encuentro nada. Pero qué estoy diciendo...¿? ¡Si lo más lógico es que no encuentre absolutamente nada! Será posible que hasta ahora no haya pensado en esa posibilidad...¿?—

En cuanto llegó a la estación de tren pidió rápidamente una cerveza en el bar y se bebió una buena parte del bote sin respirar. —Seis segundos.— Una de las muchas manías de Cristock consistía en, cuando tenía mucha sed, contar el tiempo que tardaba en beber cierta cantidad de líquido. Inesperadamente un señor del bar le interrumpió; también había contado los seis segundos que Cristock ha tardado en beber el ya célebre trago y se lo hizo saber en voz alta, muy alta. Cristock se giró para ver de quién se trataba. Un hombre corpulento, de extraña figura. Con barba aunque de poca espesura. Su caminar y su gestualidad general eran rústicos, demasiado cacareados incluso. Se trataba de un español de la zona. Un gallego. Cristock no sabía su idioma, así que intentó comunicarse mediante un par de gestos y algún monosílabo inglés. Pero, para su sorpresa, el paisano le respondió en su dialecto. Su pronunciación españolizada y su marcado acento gallego dificultaban a Cristock la comprensión de sus palabras, pero era igualmente suficiente para atreverse a pensar en una de sus traviesas propuestas.

Aprovechó un momento en que el camarero no estaba presente y le preguntó al buen hombre, sin ningún preámbulo, si estaría dispuesto a trabajar para él. Ante la desconfianza del gallego, y para mantener el asunto en secreto, Cristock le pidió que lo acompañase afuera, al andén de la estación. Allí le contó lo que debía hacer: conseguir el material para la excavación y ayudarle en dicho proceso. Le enseñó lo primero que encontró en su cartera, con el fin de impresionarlo y convencerlo. Sacó un carnet del club de astrofísicos. —Me llamo Cristock Earl.— El gallego permaneció impassible, desinteresado, como queriendo algo más de Cristock. Así que éste le plantó un billete de los grandes en su mano. Una mano que llamó fugazmente la atención de Cristock por lo estilizada que resultaba en comparación con la rudeza general del hombre. —Esto es sólo un adelanto. Te daré otro de estos en cuanto de presentes aquí mañana a las ocho. Y otros dos más al terminar la jornada. ... ¿Cómo te llamas?— Su nombre, además de poco hispano, sonaba aún más varonil que sus ademanes. Parecía que se lo hubiera inventado en el momento. —Muy bien, Rocco. Nos vemos mañana.—

...

Al día siguiente, Rocco ya le estaba esperando en la estación. —¡Rocco! ¡Qué puntual!— Le gritaba Cristock desde la distancia. El hombre le

respondió, no obstante Cristock se perdía un poco entre algunas expresiones latinas de su colega; pero no preguntó. Rocco llegó equipado con todo el material que le había pedido e incluso alguna herramienta a mayores; sin duda un personaje precavido. Sin más preludios, el dúo se puso en marcha.

Rocco era de rápido caminar, así que era Cristock quien le seguía, al fin y al cabo el camino era todo recto siguiendo las vías, y tan largo que Cristock tenía mucho tiempo para analizar el curioso cuerpo rechoncho de su colega. Era bastante flácido —con forma de botijo—; con abdomen bastante estrecho pero de amplias caderas y nalgas “ondulantes” (para la vista de un científico). Durante el largo trecho, Rocco ametrallaba a Cristock con preguntas de todo tipo: “¿Qué es lo que vamos a buscar? ¿Habrá oro por aquí? ¿Estuviste en la NASA?” Por suerte, el hombre era tan charlatán que Cristock a penas tenía que articular palabra, así que no se hacía necesario tener que inventarse historias al respecto como sí necesitó hacer con su familia.

Lo único que a Cristock le preocupaba era lo que pasaría si encontraban el esqueleto del duende. ¿Qué le iba a decir a Rocco? Aunque había prometido guardar secreto, Cristock desde luego jamás se lo contaría, sobre todo con ese afán suyo de desconfianza hacia el prójimo y menos aún con la afición que tenía su compañero por la palabrería. —Quizás si lo mato y aprovecho el hoyo para enterrar las pruebas...— Agacha la cabeza para que Rocco no aprecie la tonta sonrisa que Cristock no es capaz de contener. —Bueno, ya pensaré en algo cuando llegue el momento.—

Cuando el GPS avisó de la llegada al lugar exacto, los dos se pusieron manos a la obra. Sobre todo Rocco, que para eso había venido. Y a pesar de su achaparrado aspecto, con pinta de no haber hecho ejercicio en su vida, en verdad proyectó mucha energía en la faena. Cristock en cambio enseguida se cansó y tuvo que parar. Disimuló mirando y toqueteando su GPS, como si necesitara de sus continuos ajustes. Y, con el tiempo, el trabajo de Cristock se acabó limitando a servir de avisador para Rocco cuando un tren se acercaba.

—¿Vas bien, Rocco?!— Para contestarle, Rocco necesitaba levantar la cabeza del hoyo en el que ya se encontraba. Todavía no habían encontrado nada y Cristock empezaba a perder la esperanza. —Quizás no hice bien el cálculo de las coordenadas... O quizás el cuerpo del duende se haya deslizado a otro lugar, quizás por una riada... O quizás haya desaparecido; se lo hayan comido los animales... O quizás no se haya sedimentado bien y se haya podrido con el tiempo...— ... —¡O quizás no se trate de un mismo planeta! ¡Pero qué estoy haciendo aquí!!—

Rocco parecía haber encontrado algo de pronto y, Cristock, despertando de su paranoia, corrió a ver. Una antigua botella de Coca-Cola es lo que se encontró... Y por un estúpido momento pensó en la posibilidad de

tratarse no obstante de un gran descubrimiento, pues una botella de cristal a esa profundidad y en perfecto estado de conservación tenía su mérito. —Quizás tenga algún valor en internet...— Cristock la cogió y la miró con interés. —No, no es lo que buscamos, Rocco. Pero eso es, tú avísame cada vez que veas algo extraño: una botella, una bolsa de plástico, los huesos de algún animal muerto... Lo que sea.—

Cristock, antes del viaje, había investigado sobre el tipo de terreno de esta parte noroeste de España. Sabía bien que el suelo sobre el que ahora se encontraba estaba compuesto de roca sedimentaria y que las posibilidades de conservación del esqueleto eran realmente óptimas. Al menos por ese lado tenía un as en la manga. Miró entonces la botella que tenía en su mano y por un absurdo impulso la lanzó lejos contra una piedra. Rocco se asustó y pegó un grito, contenido, pero grito al fin y al cabo.

Entre tanto apareció otro tren en la lejanía. Cristock avisó a Rocco y ambos corrieron al arbusto. Por alguna razón, el bullicio del convoy pasando a pocos metros de ellos dos hizo que ambos se arrimasen el uno al otro sin darse cuenta. El sol ya se estaba posando en el horizonte. Rocco se fijaba atentamente en el tren y las luces de los vagones iluminaban su cara, un rostro barbudo que pretendía ocultar unas facciones suaves, muy suaves... [...]

—¡Es una mujer! ¿?—

...

El sol ya se ocultaba tras las montañas y llegaba la hora de irse. Esta vez se iban con las manos vacías pero, mañana sería otro día...

De camino a la estación, Rocco no paraba de contar anécdotas y chistes populares, ambos entremezclados hasta el punto de no saber cuándo era ficción y cuándo realidad, cosa que a Cristock tampoco le importaba. A veces también introducía palabras y expresiones españolas entre su discurso, lo cual al científico, pensativo en lo suyo, le importaba todavía menos. También le hacía muchas preguntas sobre su país; que si había visto la Estatua de la Libertad, que si había estado en el Monte Rushmore,... Parecía saberlo todo sobre Estados Unidos.

De pronto el paisano gritó algo, una sola palabra: "mierda". Lo dijo esto en perfecto castellano, pero Cristock lo entendió como si lo hubiera pronunciado en su idioma. Rocco se acababa de torcer el tobillo al tropezar con una viga de la línea férrea y se tumbó en el suelo. Cristock fue en su auxilio e inspeccionó su pie. Visiblemente no parecía tener nada. —Tienes las uñas... ¿barnizadas?— Rocco se echó a reír, sin dejar de quejarse por el supuesto dolor. Cristock le ayudó a ponerse en pie y

siguieron caminando.

—No me vuelvas a dar estos sustos, Rocco.— De pronto el hombre le soltó, como quien no quiere la cosa, que no era Rocco sino Lucía. Su nombre real, de nacimiento, era Lucía. Cristock, aunque lo sospechaba ligeramente, intentó hacer como que no le sorprendía, lo que resultaba muy forzado, pero a Rocco/Lucía le daba igual; estaba acostumbrado a todo tipo de reacciones. Sin mucho tacto, y quizás ofendido, como si se sintiera estafado, Cristock continúa: —Bueno... y entonces cómo te llamo, ¿Lucy?— Él le insiste, con cierto sarcasmo, que Lucía era como le llamaban antes, “en el pasado”, recalca. Pero que siempre se ha sentido Rocco... Por desgracia para él, Cristock, a partir de entonces, no podría evitar pensar siempre en ella como Lucy.

Rocco caminaba ahora apoyando su brazo sobre los hombros de su ahora algo distante compañero. Aún a pesar del embarazoso momento, el gallego continuaba hablando tanto o más que nunca... Cristock le oía, pero no le escuchaba, no podía. Por otro lado sentía lástima por Rocco, no por su problema de género, sino por su esguince de tobillo. Se preguntaba entonces si esa preocupación sería un síntoma de egoísmo, pues sin su ayuda no podría avanzar mucho en la excavación del día siguiente. Por suerte para ambos, lo del esguince no parecía haber sido más que una farsa...

...

Al día siguiente, Rocco estaba ya esperando a Cristock tan puntual como siempre. Tras una breve charla, todavía un poco tensa por parte de Cristock, se ponen en marcha. —Camina como si nada... ¿Habrás sido todo una pantomima?— Durante el trayecto, Rocco no paró de hablar, como siempre, y esta vez Cristock también participó más en las conversaciones, a su criterio todas mundanas, lo que tenía aún más mérito y hacía pensar que estaba surgiendo una pequeña amistad de todo esto.

Llegaron al hoyo, que habían dejado tapado el día anterior, y Rocco lo destapó sin ningún tipo de pausa y siempre sin dejar de charlar en su castellanizado inglés. Se metió dentro del agujero y se asombró al recordar lo hondo que habían llegado; tan sólo su cabeza se asomaba al exterior, a la altura de los raíles. Empezó a cavar y Cristock oyó ahora a su compañero de forma entrecortada, ya que su cabeza entraba y salía del hoyo como en un reloj de cuco.

Cristock, como ya había hecho la anterior vez, pasó el tiempo curioseando en su GPS y en algunos documentos y mapas que llevaba consigo. También, para sentirse un poco útil, apartaba a un lado la tierra extraída por Rocco. Pero su misión principal consistía una vez más en avisar su amigo de la llegada del tren cada equis horas, para que corrieran ambos a esconderse tras el arbusto.

Hicieron la pausa para almorzar, momento en que Rocco, bocadillo en mano, pudo reponer fuerzas, y Cristock disfrutar viéndolo comer con tal énfasis. Así pasaron el tiempo hasta que llegó la tarde y, casi sin darse cuenta, Rocco había excavado ya más de dos metros de profundidad. Entonces Cristock escuchó gruñidos del interior del pozo. Se acercó al borde y vio a su compañero curioseando con algo que acababa de encontrar en la pared del hoyo. —¿Qué has encontrado, Rocco?— Pero Rocco no contestó, por vez primera se había quedado mudo.

...

Por fin Rocco le pidió a Cristock que bajase un momento; éste no se lo pensó dos veces y bajó todo lo rápido que pudo, con la ayuda de Rocco. Un trozo de cráneo es lo que tenía tan ocupado a Rocco y ahora tan intrigado al científico. Cristock observó ese pequeño trozo de hueso con un nerviosismo anormal, moviendo su mirada con rapidez. Intentó disimular su temblor ante la presencia de Rocco, pero no lo consiguió; su tembleque era cada vez mayor. Empezó con un leve tiritar en el cuello, luego por la espalda, le siguieron las manos, la piernas, el suelo, iel hoyo entero se estremecía! —¡Se acerca el tren!—

Cristock intentó salir de ahí a toda costa, de forma instintiva, pero no lo conseguiría nunca sin la ayuda de Rocco. Pero éste no iba a ayudarle, de hecho le estaba gritando que no saliera, que esperase dentro, que no les daba tiempo a salir y que no se preocupase, que no había ningún peligro. Pero Cristock estaba cegado por el miedo y sordo por el ruido del tren, que cada vez estaba más cerca. Así que Rocco lo agarró con fuerza del pantalón y tiró de él hacia abajo, cayendo éste con el trasero en la tierra y despertando al fin de su bloqueo obsesivo. Estando los dos ahí abajo, los papeles se tornaron: Rocco tomó las riendas, demostrando una extraordinaria sangre fría para situaciones extremas. Cristock se sentía ahora como un niño bajo la protección de su padre, o de su madre, como él lo veía realmente. El tren pasó por encima de ellos ocasionando un ruido ensordecedor que se proyectó con más fuerza todavía dentro de la cueva. Las paredes vibraron al son del traqueteo de la locomotora, haciendo caer trozos de tierra y algunas piedras encima de ellos.

El “terremoto” ocasionaba también que la calavera se desprendiera de buena parte de la tierra que ocultaba su forma, pasando de ser un insípido trozo de hueso blancuzco, a una forma más definida del cráneo de un humanoide. A medida que los huecos de los ojos, nariz y boca se dejaban ver, por la mente de Cristock surcaban más y más pensamientos que lo sumergían en un pantano de especulaciones.

El retumbar del tren terminaba por alejarse pero el astrónomo seguía enfrascado en lo suyo. Rocco intentó despertarlo de su letargo, esta vez

sin éxito. Cristock siguió observando la calavera y, como hipnotizado, acercó su rostro al de ella hasta quedarse ambos a unos pocos centímetros. El bullicio del tren ya había desaparecido por completo y Cristock volvió en sí, se puso a rascar la tierra que todavía cubría las cavidades oculares del cráneo, como queriendo descubrir la supuesta mirada que escondía el cadáver. Rocco le preguntó si había encontrado por fin lo que buscaba. Cristock dejó de rascar y se separó lentamente del cráneo, con un desinterés que él pretendía fuera natural. —¿Eh? No... No, aún no. Pero ya nos podemos ir.—

...

Dejaron los huesos donde estaban, taparon el hoyo con un par de ramas y ambos se marcharon. Por el camino, Cristock le explicó a su compañero que el trabajo ya estaba hecho, que ahí no había los fósiles que buscaba y que debía dirigirse a otro de los puntos marcados en su aparato GPS. Rocco le propuso seguir ayudándole en dicha búsqueda, pero Cristock le dijo que no era posible. Le pagó lo acordado, y más. Rocco no quiso aceptarlo, se sentía apenado porque pensaba que su trabajo no había valido para nada. Cristock le metió el dinero en el bolsillo y le aclaró al buen hombre que lo importante no era irse con las manos vacías, sino haber averiguado que éste no era el lugar correcto, y eso ya era un trabajo muy importante. Pero Rocco no quedó muy convencido.

Llegando a la estación, Rocco se sinceró todavía más y empezó a hablarle de su sexualidad. Le contaba a un ruborizado Cristock que tenía la intención de operarse para un cambio de sexo. Que su intención era convertirse en una mujer completa. A Cris le venían absurdos pensamientos referentes a videojuegos y conceptos sobre completar fases consiguiendo todos los items... Se ruborizó todavía más al darse cuenta de lo infantil que estaba siendo su mente. Rocco continuó informándole de su intención de viajar en un futuro próximo a su país, Estados Unidos, para completar su proceso de transformación. Cristock no sabía donde meterse; apenas asentía con la cabeza todo lo que él decía.

En la estación se despidieron y Cristock, armándose de sinceridad, le comunicó a su amigo que le echaría de menos. Le dio un abrazo, al cual Rocco no respondió y se marchó al momento sin articular palabra. Cristock se quedó ahí sentado, un rato, pensando. Una vez más, el hombretón acaparaba el pensamiento del científico loco. —Lucy, Lucy... Espero poder compensarte algún día, como es debido, lo que acabas de hacer por mí. ¡Lo que acabas de hacer por el mundo!— Entonces, como si ese pensamiento megalómano hubiera activado su cuerpo, se puso en pie y corrió hacia la cueva.

...

Se metió de un salto en el agujero y empezó a escarbar, con cuidado mas con prontitud, a fin de que no se hiciera de noche. Pero no lo consiguió, ya que ahora, con todo el esqueleto extraído por fin de la arena, tenía que valerse de la pobre iluminación verdosa de la pantalla de su GPS para poder ver. Alumbraba la calavera que tanto le cautivaba y confirmó lo evidente: se trataba de uno de esos duendes, el duende que murió en la lucha contra el neandertal. Se apreciaba perfectamente el agujero en el cráneo, ocasionado por su rival hombre. La escena era de lo más aterradora; aún con el cielo totalmente despejado. sin una gota de lluvia ni rayos que iluminasen la noche a fogonazos, Cristock sentía un escalofrío que parecía no tener fin. Salió del agujero por última vez y lo rellenó rápidamente con tierra y ramas.

Camino a casa, y con el saco de huesos a su espalda, intentó despejar alguna de las muchas cosas (basura) que tenía en su cabeza, pero se bloqueaba a cada instante y no hacía más que acumular estrés. Se sentía mal por seguir manteniendo todo esto en secreto. Los momentos con el bueno de Rocco le habían hecho reflexionar sobre el sentimiento de culpa que estaba acumulando día tras día con su familia. —¡Pero no puedo cagarla ahora...!—

Llegó a la casa rural y su mujer e hija lo estaban esperando en la puerta, muy nerviosas. Su mujer le gritó que dónde estaba, al tiempo que echaba una rápida mirada al saco que Cristock ya ni osaba ocultar, pero que sí pretendía mantener en un segundo plano de interés. El hombre gesticuló todo lo que pudo mientras explicaba lo sucedido, todo cierto a excepción del contenido real del saco, que sustituyó por supuestas rocas supuestamente necesarias para la supuesta investigación geológica que está llevando a cabo. Eleanor continuó un buen rato reprochándole la tardanza a su marido y gritándole que no le importaba su "maldita investigación". Al tiempo, su vista se detenía cada vez más en el saco. Cristock agachó la cabeza y se metió rápido en casa simulando en parte que estaba arrepentido para así poder salir de la situación. —Voy a darme una ducha.—

...

Cristock se encerró en el baño, bajo llave, y se duchó junto al montón de huesos. Intentó hacerlo con cuidado de no llamar la atención de su mujer con los ruidos de los huesos contra la porcelana. El agua tibia recorría los surcos y redondeces del esqueleto, y Cristock repasaba con sus manos cada curva y orificio de aquel cráneo que lo tenía totalmente pasmado. Aumentó la presión del agua caliente, pero continuó temblando ante lo que tenía en su poder. Ahí lo estaba, desnudo, arrodillado bajo la ducha, y

sin parar de tiritar como un bebé, el hombre responsable del mayor descubrimiento de la humanidad. Sea cual fuere el significado de Tierra 2, si el mismo planeta u otro distinto, el concepto general ya superaba la majestuosidad de cualquier otro hallazgo en la historia.

—..., Cristóbal Colón, Neil Armstrong,...— Son muchos los personajes que pasaban ahora por la mente de Cristock, y no como pensamiento ególatra sino con el fin de mentalizarse él de algo que le superaba. Como científico sabía y era consciente de la importancia de su descubrimiento, a priori insuperable, pero como persona se sentía agobiado como un niño ante su primer día de clase; hasta el punto de no atreverse ni a salir del cuarto de baño. Y es que, por mucho que intentase autoconvencerse de otra cosa, todos esos nombres de los más grandes científicos y descubridores deberían pasar, tarde o temprano, a un segundo plano ante su propio nombre: Cristock Earl.

...

Antes de salir del baño, todavía desnudo, Cristock se plantó frente al espejo y se miró a los ojos. Lejos de resultar vanidoso, se postraba ante sí mismo durante un buen rato sin saber quién de "los dos" era el verdadero. Gesticuló entonces con su brazo dirigiéndolo hacia el espejo, luego hacia él mismo, y lo repitió varias veces. —A ver... Si Tierra 2 fuera en realidad un material reflectante como un espejo, entonces el cohete que vi no se estaría dirigiendo hacia aquí sino hacia el espejo en cuestión, lo que significaría que habría despegado de este planeta hace casi 17.000 años, al final de la época Neanderthal. Si es que estaba claro que no podía tratarse de planetas distintos, pero, entonces, ¿hacia dónde se dirigen? Tengo que volver al observatorio cuanto antes.— Su mujer llamó a la puerta, sobrecogiéndolo a Cristock. Él la "tranquilizó" respondiendo con sequedad y se tapó rápidamente con un albornoz; recogió los huesos cubriéndolos con una gran toalla, y se fue a su habitación.

Tanto su hija Abby como Eleanor estaban ya sentadas a la mesa, dispuestas para cenar. No tardó en aparecer Cristock, y lo hizo portando la calavera del duende. Abby sonrió al ver tan estrafalario objeto y le preguntó qué era esa cosa. La madre observó atónita. Cristock estaba muy serio; se sentó, acomodó el alargado cráneo a su lado, apoyado sobre una toalla algo húmeda sobre la mesa, y comenzó a hablar. Explicó, a rasgos generales, lo sucedido y se excusó también por haberlo mantenido en secreto hasta entonces. Seguramente el trato con Rocco le había ablandado el corazón y ya no podía seguir ocultando el misterio a los suyos sin que dejara de sentir remordimientos, un malestar que iba en aumento y ya no le dejaba pensar con claridad. Mandaron a su hija para la cama y Cristock continuó narrando lo sucedido, ahora ya con todo detalle. Eleanor, aunque no era muy consciente de la importancia del descubrimiento de su marido, quedó impresionada con la historia, pero

también algo resentida por no haber confiado en ella desde el principio. Cristock repitió una y otra vez la historia y partes de la misma, como desahogándose por completo de la carga moral que había llevado a cuestas todos estos días.

Al día siguiente volvieron a casa en el primer avión. Cristock estaba muy satisfecho de haber compartido su descubrimiento, aún sin descifrar, con su familia. Aunque eso, en verdad, también le generaba intranquilidad, pues su manía persecutoria le impedía fiarse de todo el mundo, incluida su familia. En todo caso esta nueva situación le daba fuerzas para seguir adelante con el proyecto y afrontarlo con energía positiva, sin preocupaciones que ralentizaran su rápido pensar. Por supuesto el proyecto seguiría siendo secreto hasta que recopilase unos cuantos datos que estaba deseando comprobar en su Lente Espía. Durante todo el vuelo, Cristock no dejó de escribir notas que llevaría a la práctica en el observatorio. Abby estaba entretenida con sus dibujos sobre las fotografías de un periódico, poniendo ojos a los coches y bigotes a las mujeres. Eleanor, sentada de nuevo entre ambos, estaba seria, pensativa, todavía rencorosa por la poca confianza demostrada por su marido. Pero Cristock, centrado en lo suyo, no se daba cuenta de ello. Estaba eufórico por dentro.

Nada más aterrizar, Eleanor y Abby cogieron un taxi para casa, mientras Cristock se marchó en coche hacia el observatorio, para ponerse manos a la obra en cuanto fuera posible. Sólo durante esa breve despedida Cristock notó cierta animosidad en su mujer, pero no tenía espacio en su cabeza para más preocupaciones. Llegó Cristock al magno Telescopio y observó el coche de Franklin en la entrada. —Qué extraño... ¿Qué hará éste aquí y a estas horas?— Todavía estaba atardeciendo y faltaban un par de horas para poder encender la Lente con seguridad, en cambio, ya desde fuera, se podía ver cómo la enorme cubierta estaba entreabierta, aún a riesgo de dañar los ultra luminosos cristales que componen la Lente. Corrió adentro y subió hasta la sala de observaciones. Allí estaban, sus compañeros Franklin y Giovanna, quienes se giraron para mirar a Cristock, que intentaba disimular su fuerte respiración. Lo intentaba. Vaya si lo intentaba, pero terminó por resultarles físicamente imposible, pues la imagen de la enorme pantalla principal, tras sus dos socios, mostraba nada menos que su codiciado secreto esférico; la gran burbuja en la que Cristock había estado encerrado todos estos días y a la que llamaba Tierra 2.

...

El dúo Franklin-Giovanna no dijo nada, así que fue Cristock quien habló aparentemente despreocupado, mientras se preguntaba a sí mismo —¿Cómo diablos han descubierto Tierra 2?!— Franklin caminó hacia Cristock de forma distendida. Le pidió que se sentara, que tenían que

hablar. Pero Cristock llevaba ya muchas horas sentado como para hacer lo que le decía.

Franklin le dijo que sabían todo lo que había estado observando. Giovanna, un hombre alto, trajeado, y serio hasta la inexpressión, comenzó entonces a hablar. Su tono de voz era grave a la par que suave, y poseía tantos matices que costaba no creerle aún a pesar de lo que estaba a punto de contarle. Giovanna, con la ayuda de Franklin y sus interrupciones aclarativas, resumía, a muy grandes rasgos, que la creación de la Lente Espía se debía principalmente (entiéndase: "únicamente") a la intención de observar lo que él, Cristock, llamaba Tierra 2. De pronto sintió un vacío en su interior al verse totalmente utilizado por sus dos compañeros desde el principio.

Giovanna continuó... Le explicó que las coordenadas que Cristock creyó descubrir, no fueron fruto de la casualidad, sino de una previa manipulación de Franklin y él. Sabían que en cuanto tuviera el Planeta delante de sus ojos, todo lo demás iría sobre ruedas, según lo previsto. Este comentario hace sentirse a Cristock todavía más insignificante. Continúa diciendo que sus increíbles dotes para la investigación y el descubrimiento darían con muchas respuestas, y así había sido. Continúa disculpándose de que le hayan utilizado, pero sólo de esa forma, haciéndole creer que estaba descubriendo algo, podría hallar la respuesta. Necesitaban motivarle. Entonces le arrojaron una frase sería lanza de Longino para Cristock: "Lo entiendes, ¿verdad, Cris?".

Franklin intervino para hacer lo que mejor sabía, calmar los nervios. Pero en seguida Cristock le interrumpió para preguntar qué es lo que habían resuelto. De verdad le gustaría saberlo, pues en su mente sólo creía albergar dudas. Había recopilado muchos datos, pero todavía quedaba trabajo por hacer antes de hacerlo público. Les pidió que no hablasen con la prensa. Estaba sufriendo un ataque de nervios que le hacía hablar sin parar. Sintió que se le caía el mundo encima, cuando ya lo tenía en sus manos... Necesitaba más tiempo para resolver todo este rompecabezas. Intentó convencerles aclarando que no se trataba sólo de un gran descubrimiento sino también de una gran amenaza. —No podéis decir al mundo que unos duendes viajan en una nave espacial hacia la Tierra y que llegarán de un momento a otro. ¡Se crearía un pánico colectivo sin necesidad!— Giovanna le interrumpió. Le preguntó de qué "demonios de duendes" hablaba.

Por fin el viejo Giovanna mostró alguna expresión en su rostro. Un gesto de extrañeza, si bien algo grotesco, exagerado, quizás debido a su escasa costumbre a gesticular. Al producirse otro breve silencio, Franklin se acercó a Cristock y lo agarró por los brazos, frotándolos con suavidad. Le dijo que no se preocupase, que estaba cansado, que había acumulado

mucha presión y que debería irse a casa.

Cristock, el cerebro técnico de los tres, uno de los mayores científicos del momento, y el único astrónomo con vida perteneciente a los Siete Astros, era ahora un niño aleccionado por los dos hermanos mayores que nunca tuvo. Franklin lo acompañó hasta la puerta mientras lo intentaba tranquilizar con sus sedantes comentarios. Giovanna, que permanecía inamovible y de espaldas a la gran pantalla, se giró para contemplar la gran esfera que era Tierra 2 ocupando todo el alto y ancho del macro-monitor. Cristock, embelesado, se dejó llevar por su compañero hasta la puerta. Y por inercia terminó en su coche, sin recordar si quiera el largo camino desde la sala principal hasta el aparcamiento.

Dentro del coche, pensó a velocidad de locomotora. —¿Quién...? ¿Cómo diablos se han enterado? ¿No han visto a los duendes? Acaso me los habré inventado ¿? Mi hija los ha visto. ¿O no...? ¡Pero si tengo la calavera de uno de ellos!— Salió del coche hacia el maletero, donde guardaba el saco de huesos. Durante la brevísima distancia que recorrió, siguió cavilando, a velocidad de cohete. —¿Cuánto falta? No es el mismo planeta. ¿O sí...? Tengo que volver. ¡Necesito calcular una cosa! ¿Estarán llegando? ... O ya estaban aquí...¿?— Abrió el maletero. Ahí no había nada.
—¡...!—

De repente una fuerte descarga eléctrica dejó a Cristock casi inconsciente, cayendo éste al suelo de inmediato, y dejándolo sin fuerzas para abrir los ojos. Escuchó sonidos, susurros, voces. Estaba volviendo en sí. Reunió fuerzas para abrir los ojos un instante, pues su implacable curiosidad le aportaba fuerzas extraordinarias en momentos extraordinarios. Veía nublado como si estuviera debajo del agua, un agua pantanosa, pero creyó estar seguro de lo que estaba viendo desde la bajura del asfalto. —¿Un duende?— Al menos uno, sí. Diminuto hombre que se mostraba, de espaldas a Cristock, con la misma vestimenta que la que llevaban en Tierra 2. Con los brazos cruzados, conversaba con otro personaje, humano, que apenas se vislumbraba en la aparente lejanía. La naturalidad con la que charlaba hacía de la situación un momento terroríficamente surrealista. El extraño se giró su cabeza hacia Cristock, entonces se le acercó rápidamente a unos pocos centímetros de su cara y, antes de que lo electrocutase definitivamente, Cristock quedó saciado de evidencia. —Un duende.—

Continuará...